

María y Jesús, dos amigos especiales: en camino con las dos columnas

**PROGRAMA FORMATIVO ADMA 2022/2023**

# PRESENTACIÓN

# 

Para el año 2022-2023, el camino quiere volver a **las raíces de la Asociación**: La consagración de Don Bosco a María Auxiliadora encontró en la Asociación una de las expresiones sencillas y prácticas para la defensa de la fe en la clase trabajadora. Don Bosco nos recuerda que “los cristianos debemos unirnos en estos tiempos difíciles. Estar entre muchos que hacen cosas buenas nos anima sin darnos cuenta” (Art. 1 del reglamento de la ADMA). **Queremos, pues, proponer un camino de fe que nos lleve al encuentro con Jesús por mediación de nuestra Madre Celestial y que pueda traducirse en actividad apostólica**.

Immagine che contiene testo

Descrizione generata automaticamenteEs un camino antiguo porque es un proceso tradicional de crecimiento en la fe que se nutre de las fuentes más profundas de la espiritualidad cristiana, salesiana y mariana. Es nuevo y único porque cada socio y cada grupo del mundo lo vivirá según su propia experiencia de vida, cada asociado lo adaptará a su realidad individual. Estaremos enlazados, durante un año, en un camino espiritual de vida cristiana, cimentado en nuestros dos pilares: Jesús y María, siendo instruidos por la Palabra de Dios, por Don Bosco y por San Francisco de Sales. Nos acompañarán las referencias al Reglamento de la ADMA, la Carta de Identidad de la Familia Salesiana, el Magisterio del Papa y el magisterio del Rector Mayor.

**El objetivo de este recorrido es crecer en nuestra vida de fe y dar un paso hacia adelante en nuestra relación personal con Jesús y María**.

**LAS ETAPAS DEL CAMINO**

1. **Sentirse amados por Dios**

**Nuestra fe se convierte en vida cuando vivimos la experiencia de sentirnos amados por Dios**.

El mundo de Dios nos anuncia que “*Dios es amor*” (1 Jn. 4, 7-16), que Jesús quiere vivir en profunda comunión con cada uno de nosotros: “*Como el Padre me amó, así también los he amado yo*” (Jn. 15, 9-11); “*Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.*” (Jn. 10, 7-15).

Seremos invitados a meditar la palabra para abrazar con plenitud el amor tierno y vertiginoso de Dios para cada uno de nosotros. De esta experiencia, de sentirnos amados así tal cual somos, nace el deseo sincero de corresponder a Dios. Entendemos así a San Francisco de Sales cuando dice “*Busca ante todo agradar a Dios: Él es el centro de mi alma y el polo inamovible sobre el que giran todos mis deseos y todos mis movimientos*”.

Así nos ayudará a orientar cada día nuestra mirada hacia Él, a sentir su amor y a entregarlo a su vez a nuestros hermanos.

1. **“Estoy en la puerta y llamo”, la oración**

Immagine che contiene persona, dessert

Descrizione generata automaticamente Seguros de sabernos profundamente amados, **nos centraremos en el cuidado de nuestra relación con el Señor, en la oración con la ayuda de María**.

Solo en la experiencia del silencio y de la escucha, comprenderemos con vitalidad a Jesús cuando dice: “*Yo estoy a tu puerta, y llamo*” (Ap. 3, 20) y “*Si alguien me ama, también me obedece. Dios mi Padre lo amará, y vendremos a vivir con él*” (Jn. 14, 23) y descubriremos el secreto de las vírgenes sabias (Mt. 25, 1-13).

El secreto de la vida, dice San Francisco de Sales, es “*ir desde el interior hacia el exterior: Nunca he podido aprobar el método de quienes, para modificar al hombre, comienzan por el exterior, por el aspecto, por la ropa, por el cabello. Me parece, por el contrario, que hay que empezar por dentro... Quien tiene a Jesús en su corazón, lo tiene inmediatamente después en todas las acciones exteriores*.”

Pondremos la oración en el centro de nuestra vida con propuestas prácticas.

1. **Los hijos en el hijo creados a la imagen de Dios. La confianza en Dios.**

Entregarnos al Espíritu Santo, de la mano de María, nos lleva a **crecer en la confianza en Dios**. Contemplaremos el misterio de un Dios que no teme confiar en el hombre.

Profundizaremos en cómo el misterio de la encarnación (Lc. 2) se inserta en un proyecto más amplio de amor que precede a la cruz: “*He venido a hacer tu voluntad*.” (Hebreos 10, 5-10).

El único deseo de Jesús es dejar claro con su vida que toda la existencia se explica desde el amor, un amor tan comprometido que llevó a San Pablo a decir “con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal. 2, 20). En este profundo misterio de amor se nos invita a tomar verdadera conciencia de nuestra condición de seres humanos. Como propone San Francisco de Sales, “debemos ser lo que somos y serlo bien, para hacer honor al Obrador, cuya obra somos”.

1. **No hay amor más grande: la Eucaristía**

Fuente y cumbre de la vida verdadera que es amor y pan del camino es la Eucaristía: **ámense los unos a los otros como yo los he amado**. Hagan esto en memoria mía. Contemplaremos el don que Jesús nos ofrece como base y fundamento de nuestra fidelidad al amor por Él y nuestros hermanos. Nos centraremos en el Lavatorio de los Pies para comprender cómo la vida eucarística se transforma en plena entrega al otro en el servicio cotidiano.

Como aconseja San Francisco de Sales, pensar solo al hoy de Dios: “Pensar de hacer bien nuestras cosas hoy, y cuando llegue el día de mañana, se llamara a aquello también hoy, entonces en ese momento pensaremos”.

A la luz del misterio de la Eucaristía, comprenderemos la importancia del momento presente, de la vida verdadera que es amor: ámense los unos a los otros como yo los he amado. Hagan esto en memoria mía. Justamente, la Eucaristía es el encuentro real con el Señor Resucitado en la Palabra y en el Pan eucarístico. Nos asegura Su presencia en nuestra y nos ayuda a conformarnos con Él, nos dona su amor por los demás y la verdadera felicidad.

1. **María, esposa en el Espíritu Santo, nos enseña a hacer todo por amor**

**El Espíritu Santo nos ilumina y nos guía en nuestra vida de fe**. Iremos a la raíz del “sí” de María, esposa del Espíritu Santo. A la luz de la Palabra, descubriremos como en la vida de cada uno de nosotros se puede renovar el Fiat de María. Con María madre y maestra, nuestra vida recupera su plena sensatez y se transforma en Magnificat. De este modo, el amor toma los atributos de la plena libertad. Como dice San Francisco de Sales: “*Nada a la fuerza, todo por amor. Aquí la regla general de nuestra obediencia: ES NECESARIO HACER TODO POR AMOR Y NADA A LA FUERZA… Les dejo el espíritu de libertad, ese que excluye obligación, el escrúpulo y la agitación.*” Como se lee en el Reglamento de ADMA: “*María es presencia viva entre nosotros y continúa en la historia de la Iglesia y la humanidad, su misión maternal como mediadora de gracias para sus hijos.*”

1. **La importancia de la gracia: la alegría, el don del Espíritu Santo (las virtudes teologales)**

**La acción del Espíritu Santo genera en nosotros la alegría,** resultado del trabajo de las Virtudes de la Fe, la Esperanza y la Caridad. Redescubriremos las virtudes teologales meditando el himno a la caridad (1 Cor. 13, 1-13) y otras cartas Paulinas. Entenderemos en profundidad el fundamento de la alegría salesiana: “*Id con alegría y con el corazón abierto todo lo que podáis; y si no vais siempre con alegría, id siempre con valor y confianza*” (San Francisco de Sales). Esta es la Alegría que llevó a Domingo Savio a decir “*Nosotros hacemos consistir la santidad en estar siempre alegres*”. Continuando el camino de Don Bosco encomendados a María Auxiliadora, podemos convertirnos en signo del amor de Dios y de María, capaces de difundir la alegría y el amor entre los hombres.

1. **La gracia requiere naturalidad: el ejercicio de las virtudes**

Estamos llamados a fomentar la acción del Espíritu Santo por medio de las virtudes. Serán la **humildad y la mansedumbre** (Mt. 11, 25-30), rasgos característicos de Jesús, quienes nos ayudarán principalmente.

Como dice San Francisco de Sales: “*Soportad con dulzura las pequeñas injusticias, los pequeños inconvenientes, las pérdidas de poca importancia que suceden día a día. Estas pequeñas situaciones vividas con amor os harán ganar el corazón de Dios y lo haréis vuestro.*” Comprenderemos mejor como el desarrollo de las virtudes pueden ayudarnos a crecer en la paz y en el amor. Vivir la paciencia y los prejuicios, nos hará experimentar la verdadera comunión. No solamente querer bien a los demás, sino hacerlos sentirse amados: la bondad en el amor, incansable trabajo, templanza y optimismo salesiano.

No olvidemos las tres palabras del Papa Francisco: permiso, perdón, gracias.

1. **El abrazo de la bendición - combatir las tentaciones más comunes y el sacramento de la reconciliación**

Más nos acercamos a la luz, más aprendemos a ver cuál es nuestro límite y a comprender Su misericordia. El amor de Dios no nos abandona nunca, ni siquiera cuando caemos en las tentaciones más comunes. **Es un amor que nos envuelve en el abrazo de bendición que experimentamos en el sacramento de la reconciliación.**

Meditaremos la parábola del Padre Misericordioso (Lc. 15, 11-32). Nos haremos acompañar por San Francisco de Sales que nos recuerda que “Todos los días debemos iniciar nuestro crecimiento espiritual, y pensando bien en esto, no nos sorprenderá encontrar miserias en nosotros. No hay nada que ya esté hecho: se necesita volver a empezar de corazón.” El sacramento de la reconciliación no es el momento de juzgar, es la ocasión para experimentar el abrazo misericordioso y bendito del Padre que nos dona el perón de nuestros pecados y la fuerza para volver a empezar.

1. **En la escuela de la santa indiferencia de María: fiat, stábat y magnificat**

Immagine che contiene testo, interni

Descrizione generata automaticamente Si nos dejamos conquistar por este amor, comprendemos cada vez más la importancia de la **santa indiferencia**, que brilla en María con sus acciones: fiat, stabat y magnificat. Al recorrer la vida de María en el Evangelio de Lucas, podemos vislumbrar su camino humano y espiritual, que es también el nuestro. “Nada que pedir, nada que rechazar. Permanecer en los brazos de la Providencia, sin detenerse en ningún deseo que no sea el de querer lo que Dios quiere de nosotros.”

Recibiremos a María en nuestra casa para que sea cuna de vida y amor, de fe y esperanza, cultivando las cualidades de acogida, hospitalidad, escucha, ayuda concreta y de generosa disponibilidad.

1. **La unión con Dios en la cotidianeidad**

Al final del camino, seremos invitados a volver a buscar la unión diaria con Dios, asumiendo sus sentimientos: “*Para mí la vida es Cristo*” (Fil. 1, 21).

Podremos experimentar esta comunión, permaneciendo en Jesús “*Yo soy la vid; vosotros los sarmientos*” (Jn. 15, 5).

Continuando el ejemplo de Don Bosco, para quien la acción y la oración se convirtieron en una sola cosa: “Don Bosco ha identificado hasta la máxima perfección su actividad externa, infatigable, absorbente, vasta, llena de responsabilidad, con una vida interior que comenzó con el sentido de la presencia de Dios y que, poco a poco, se hizo actual, persistente y viva para convertirse en perfecta unión con Dios”. Esta espiritualidad se convierte en Caridad Apostólica en “*Da mihi animas, cetera tolle*”. Es la espiritualidad de la Gracia de la Unidad la que nos ayuda a actuar en consonancia de pensamiento, sentimiento y voluntad con Dios. Las necesidades de nuestros hermanos nos invitan a la oración, mientras que la oración constante alimenta el trabajo generoso y de entrega a Dios por el bien y la salvación de nuestros hermanos.

Así descrito el camino, ofreceremos consejos y propuestas para las diferentes edades y situaciones de la vida: la familia, la juventud, la edad adulta en general. Haremos hincapié en la oración, la escucha del Espíritu Santo y en el compartir. La recomendación es vivir el proceso no intelectualmente, sino personal y existencialmente. Al mismo tiempo, nos ocuparemos de la dimensión de la comunidad. La búsqueda de una relación personal con el Señor lleva siempre a la comunión con los demás y con la Iglesia. En cada reunión se propondrá un espacio apropiado para el silencio y una pregunta para compartir en el grupo. Además, para que los frutos del encuentro puedan dejar su huella en nuestras vidas, cada mes asumiremos un compromiso de vida concreto.

**1. SENTIRSE AMADOS POR DIOS**

Nuestra fe se convierte en vida cuando experimentamos profundamente que somos amados por Dios.

*“Los fariseos, al oír que había hecho callar a los saduceos, se reunieron en un lugar y uno de ellos, un doctor de la ley le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?”» Él le dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma, con toda su mente.» Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» En estos dos mandamientos se sostienen toda la ley y los profetas.”* (Mt. 22, 34-40)

Todos sabemos que amar es el mandamiento principal, el único que Jesús nos ha dejado. Los primeros cristianos se reconocían por el modo como se amaban, y se relacionaban entre sí... Es providencial poner al principio de nuestro itinerario el **AMOR de Dios y el AMOR de los demás**. No podíamos comenzar de modo más evangélico, y más profundamente mariano. Pidamos al Señor con fe y convicción, todos los días de nuestro caminar, que nos ayudemos a experimentar su amor de Padre, su amor incondicionado. Sería importante que cada uno de nosotros repitiese cada mañana, cada tarde, cada momento de la jornada, esta oración profunda e íntima, sentida: “**Señor, ayúdame a experimentar tu amor de Padre. Señor, ayúdame a experimentar tu amor de Padre**”.

Nuestra fe se quedará en teoría, en pura teología, en solo doctrina desencarnada, si no baja cada instante a nuestro corazón y se convierte en vida. Con su encarnación, Jesús ha querido asumir nuestra condición humana y ponernos en relación con Dios. Ha sido una opción de amor del Padre que desde el principio no ha dejado de amarnos y de demostrarlo continuamente. Por ello os invito a dejarnos guiar por la Palabra de Dios en el momento formativo de este mes. Leed y releed, pero sobre todo orad este texto de Mateo 22, 34-40 y preguntaos: “¿Cómo amo al Señor? ¿Cómo amo a los demás? ¿Cuánto puede crecer mi amor en este año que estamos iniciando, con mi familia, con mi comunidad, con mis hijos, con las personas que el Señor ponga en mi camino?”

Immagine che contiene testo

Descrizione generata automaticamente La pregunta “Maestro, en la ley, ¿cuál es el primer mandamiento?” planteada por los fariseos para probar a Jesús es el núcleo de la catequesis para sus discípulos. Quizá también tú tienes que hacer alguna pregunta a Jesús, presentar alguna duda y quieras abrir tu corazón para que te responda con sencillez, con profundidad y dulzura... Jesús quiere amarte por entero y totalmente. Déjate amar por Jesús. Ábrete al amor del Padre a través de la presencia de su Espírtu... Ponte en la presencia del Señor, invocando al Espíritu Santo con tus palabras, para que este encuentro sea un encuentro de amor, para saborear el AMOR y aprender a AMAR, poniéndote en su presencia, siguiendo el camino que indica San Francisco de Sales:

* El primero es una viva y atenta toma de conciencia de la omnipresencia de Dios: Dios está en todo y en todas partes y no hay lugar en este mundo que no manifieste su presencia.
* El segundo es pensar que no solo Dios está presente en el lugar en que te encuentras, sino, de modo especial, en tu corazón y en lo profundo de tu espíritu.
* El tercero es pensar en nuestro Salvador, que en la propia humanidad, ve desde el cielo a todas los habitantes de la tierra, y de manera particular, a todos los que están en oración.
* El cuarto es representarnos al Salvador en su humanidad, a nuestro lado, como solemos hacer con los amigos.

Hoy queremos recorrer un camino sencillo en el que reconozcamos que el Señor nos ama, que nos ha creado para amar y ser amados y que nuestra fe encuentra su mejor realización en el cumplimiento de este mandamiento de Dios: AMAR.

***1.1. Creados por el amor de Dios para amar***

Dios nos ha creado porque nos ama, con un amor gratuito y desinteresado. Este ha sido el primer signo del amor de Dios para cada uno de nosotros: crearnos. Hemos sido creados por AMOR, somos frutos del amor de Dios. Dios habría podido no crearnos y, en cambio, nos ha dado el don de la existencia; habría podido pronunciar otro nombre, y ha preferido pronunciar el nuestro; habría podido tomar otro camino y en cambio nos ha elegido, nos ha pensado, nos ha amado. Cuando alguien ama, su corazón rebosa y cuanto más ama más se asemeja al corazón de Dios. Un corazón que ama comparte la alegría con los demás y esto es lo que desea su creador. Dios nos ha creado por un “desbordamiento” de su amor. Ha querido compartir con nosotros su alegría infinita, para que fuésemos inmensamente felices por ser criaturas de su amor. La verdadera fuente de la alegría es el amor*: “La fuente de la vida cristiana es la certeza de ser amados por Dios, de ser amados personalmente por nuestro Creador... Con un amor apasionado y fiel, un amor que es más grande que nuestra infidelidad y que nuestros pecados, con una amor que perdona”* (Benedicto XVI).El amor más pleno, puro y verdadero que podremos experimentar y recibir es el amor de Dios.

Estamos en la tierra para conocer y amar a Dios, para hacer el bien según su voluntad, es decir AMAR, y para llegar un día al Paraíso. Somos peregrinos de la fe, porque venimos de Dios y a Dios vamos. Tenemos un origen más remoto que nuestros padres. Venimos de Dios en el que reside toda la felicidad del cielo y de la tierra, y nos espera en su eterna e ilimitada felicidad. Mientras tanto vivimos en la tierra. Algunas veces experimentamos la cercanía de nuestro Creador, otras nos vemos en dificultad para sentir su presencia en nuestra vida. Y para que podamos encontrar el camino de casa y no perdernos, Dios ha enviado a su Hijo, que nos ha liberado del pecado, nos ha salvado de todo mal y nos conduce de modo infalible a la vida verdadera. Él es “el camino, la verdad y la vida” (Jn. 14,6).

 Dios ha puesto en nuestro corazón el deseo de buscarlo y encontrarlo. San Agustín dice: “*Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto mientras no repose en ti*”. Es cosa natural para los seres humanos buscar a Dios. Toda nuestra búsqueda de la verdad y de la felicidad es, en definitiva, una búsqueda de lo que nos sostiene de modo absoluto, nos satisface de modo absoluto y nos reclama de modo absoluto. El hombre es plenamente él mismo cuando ha encontrado a Dios. “*Quien busca la verdad, busca a Dios, sea o no consciente*” (Santa Teresa Benedicta de la Cruz – Edith Stein).

***1.2. El amor de Dios es concreto y sensible***

Todos sabemos que, para que Dios fuese conocido, se ha revelado. No estaba obligado a revelarse a los hombres, pero lo ha hecho por amor. Como en el amor humano podemos conocer algo de la persona que amamos solo cuando se abre su corazón, del mismo modo conocemos algo de los pensamientos más íntimos de Dios solo porque el Dios eterno y misterioso se ha abierto a nosotros por amor. Desde la creación, a través de los patriarcas y profetas, hasta la revelación final del Hijo Jesucristo, Dios ha hablado a la humanidad continuamente. En Jesús nos ha abierto su corazón y ha manifestado su ser íntimo a todos los tiempos. Corresponde a cada uno de nosotros reconocer que la revelación divina es un signo del amor universal de Dios para la humanidad en la historia de nuestro mundo. Puede que sea un poco distante para nosotros, pero nuestra fe nos ayuda a hacerlo. Sería interesante recorrer la revelación de Dios en el Antiguo Testamento enumerando todos los signos, promesas y gestos de amor que ha realizado con nuestros antepasados en la fe.

*Llama a Abrahán para hacerlo “padre de muchos pueblos” (Gén. 17, 5b) y para bendecir en él “a todas las familias de la tierra” (Gén. 12, 3b). El pueblo de Israel, nacido de Abrahán, será su propiedad personal. Dios se da a conocer a Moisés por su nombre. Su nombre misterioso, trascrito Yahveh, significa “Yo soy” (Éx. 3,14). Él libera a Israel de la esclavitud de Egipto, pacta una alianza en el Sinaí, y a través de Moisés da la ley a su pueblo. Repetidamente Dios envía profetas a su pueblo para llamarlo a la conversión y a renovar la alianza. Los profetas anuncian que Dios establecerá una nueva y eterna alianza, que llevará a una renovación radical y a una redención definitiva. Esta alianza estará abierta a todas las personas. Finalmente, en Jesucristo, Dios nos muestra toda la profundidad de su amor misericordioso. A través de Jesucristo el Dios invisible se hace visible. Se hace hombre como nosotros. Esto nos muestra la grandeza del amor de Dios.*

Immagine che contiene testo

Descrizione generata automaticamente Después de la revelación del Antiguo Testamento llega el signo más evidente del amor de Dios: Jesucristo, su Hijo predilecto. Él es el signo por excelencia, la mayor manifestación del interés del Dios por el hombre. Esto es lo que Jesús ha querido revelar a sus amigos, sobre todo a sus amigos más queridos en el monte Tabor. Jesús es el signo, **Jesús es el AMOR**. El método mejor que el Padre ha encontrado para amarnos ha sido el entregarnos a su Hijo predilecto para amarnos como el Padre nos ama.

*“Seis días más tarde, Jesús toma consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, sube aparte con ellos solos a un monte alto y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Moisés y Elías, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí!». Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. No sabía qué decir pues estaban asustados. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo amado, escuchadlo»”* (Mc. 9,2-8).

Nuestra tarea es descubrir en Jesús, en el Hijo, el amor del Padre mediante la fe. El Padre ha tratado de manifestarnos su amor de modo perceptible y no ha encontrado modo mejor que Jesús su Hijo. Preguntémonos: ¿Es Jesús, para mí, un signo de AMOR? ¿Me siento amado por Jesús? ¿Siento el amor de Jesús en mi vida?

En verdad que Jesús no nos ama corporalmente, como un padre, una madre, un amigo... Su presencia no es tangible como la de un ser cualqwuiera, pero esto no significa que su amor no exista, que no sea verdadero y profundo. Nos ama todos los días, en su Palabra, en la Eucaristía, en la Reconciliación, en las personas que nos regala, en lo profundo de nuestro corazón; cuando en nuestro corazón nace comprendemos para qué hemos sido creados.

Frente a este amor que Dios nos tiene, debemos maravillarnos, sorprendernos, contemplar... Dejarnos amar por Dios para que sea fuente de servicio y amor por los otros. Cuando experimentamos con fuerza el amor del Padre en nuestra vida, nos mueve a recambiar su amor con el amor por los demás Y entonces el primer mandamiento de amar a Dios se convierte en el mandamiento del amor al prójimo, Y sucede que, gracias a nuestra fe, amamos a Dios en los otros. Por eso nuestra fe es una respuesta al amor, y al mismo tiempo, es amor de Dios al servicio de los demás.

***1.3. La fe es la respuesta al amor de Dios.***

El que quiera creer ha de tener “un corazón atento” (1 Re. 3:9). Dios busca de muchas maneras un contacto con nosotros. En todo encuentro humano, en toda experiencia que conmueva la naturaleza, en todo caso aparente, en todo reto, en todo dolor, se oculta un mensaje de Dios para nosotros. Más claramente nos habla cuando nos dirige su palabra con la voz de la conciencia. Nos habla como amigos. Por eso debemos responderle también como amigos y creer en Él, creer totalmente en Él, aprender a conocerlo cada día mejor y aceptar su voluntad sin reservas.

La fe es conocimiento y confianza; la fe es un puro don de Dios, que recibimos si lo pedimos con ardor, es la fuerza sobrenatural necesaria para conseguir la salvación, exige la libre voluntad y la clara comprensión del hombre cuando acepta la invitación divina; es absolutamente cierta porque tiene la garantía de Jesús; es incompleta hasta que no es eficaz en el amor; aumenta si escuchamos atentamente la voz de Dios y, a través de la oración experimentamos un intercambio vivo con Él. La fe nos permite ya ahora gustar anticipadamente la alegría del cielo.

Esta fe nos permite amar y, al mismo tiempo, aumenta nuestro amor. Solo cuando creemos podemos amar sin esperar nada a cambio; solo cuando la fe sostiene nuestro amor, podemos perdonar de corazón a quien nos ha ofendido.

**Para la oración personal y la meditación**

1. Medita esta frase y ora.

* La medida del amor es amar sin medida. (San Francisco de Sales)
* El amor es gozo ante el bien; el bien es el único fundamento del amor. Amar significa querer hacer el bien a alguien. (Santo Tomás de Aquino)

2. ¿Qué necesitarías para acoger el amor de Dios y sentirlo en tu vida cotidiana?

3. ¿Cómo cuidar, este año, el amor de Dios? ¿Cómo amarle y sentirse amado por Él?

**Propósito mensual**

Orar y pedir insistentemente cada día al Señor... “Señor, ayúdame a experimentar tu amor de Padre”.

# 2. HEME AQUÍ, ESTOY EN LA PUERTA Y LLAMO

*“Por eso yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré a su corazón.”* (Oseas 2, 16)

Dios es diálogo de amor y nos llama a dialogar con Él.

Orar es entrar en este diálogo con Dios, que nos busca y desea estar con cada uno de nosotros.

*“La oración es un coloquio, un diálogo, una conversación del alma con Dios. Por ella hablamos a Dios y recíprocamente, Dios nos habla a nosotros; aspiramos y respiramos en Él y, recíprocamente, Él inspira en nosotros y respira sobre nosotros.”* (Teótimo VI,19)

*“Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si aguien escucha ni voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.”* (Ap. 3, 20)

Orar es tener abierta la puerta de nuestro corazón. Como dice el papa Francisco:

*“Dios es el amigo, el aliado, el esposo. En la oración se puede establecer una relación de intimidad con Él, tanto es así que en el “Padrenuestro” Jesús nos ha enseñado a dirigirle una serie de peticiones. A Dios le podemos pedir todo, todo, explicarle todo, contarle todo. No importa si en la relación con Dios nos sentimos en falta: no somos óptimos amigos, hijos agradecidos, esposos fieles. Él siempre nos quiere. Por eso Jesús en la última Cena nos lo demuestra definitivamente cuando dice: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre que es derramada por vosotros» (Lc 22, 20). En ese gesto Jesús anticipa en el cenáculo el misterio de la Cruz. Dios es aliado fiel: aunque los hombres dejen de amar, Él continúa amándonos, aunque el amor lo conduzca al Calvario. Dios está siempre a la puerta de nuestro corazón esperando que le abramos. A veces llama al corazón pero no invade: espera. La paciencia de Dios con nosotros es la paciencia de un padre, de uno que nos ama. Diría que es la paciencia de un padre y de una madre juntos. Siempre cerca de nuestro corazón, y cuando lo llama lo hace con ternura y gran amor.”*

*“Os he habldo de esto ahora que estoy a vuestro lado, pero el Paráclito, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho.”* (Jn 16, 25-26)

Immagine che contiene testo, paramento

Descrizione generata automaticamenteEl protagonista de la oración es el Espíritu Santo, el Espíritu del Señor Jesús, que desea vivir y caminar con nosotros siempre. Entrar y habitar en nuestro corazón.

Como en la parábola del padre misericordioso, Dios continuamente escudriña desde lejos nuestro corazón, esperando siempre que volvamos a Él, aunque solo sea con un gesto.

La oración es ante todo apertura a esta mirada, a esta relación, al don que Dios quiere hacernos de su amor, para que podamos percibirlo, encontrarlo, sentirnos amados por Él e intercambiar este amor en nuestro quehacer ordinario.

*“Si alguien me ama, guardará mi palabra y mi padre lo amará y vendremos a Él y haremos su morada en Él”*

Hablándonos en su Hijo (Palabra), Dios nos hace capaces de hablarle como hijos (oración).

La oración es, pues, escucha de la Palabra del Señor que se nos da para entrar en plena comunión con Él: Si nos fiamos de la Palabra, poco a poco seremos transformados, porque Ella es eficaz y realiza cuanto dice. La Palabra hay que acogerla no solo como una enseñanza que puede iluminar nuestra mente, sino como una semilla misteriosa que hace germinar en nuestro corazón, la vida de Jesús. Él es el “Sembrador”, y nosotros estamos invitados a ser “*aquellos que, después de haber escuchado la Palabra con corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia*.” (Lc 8,15)

*“En aquel tiempo, habiéndose reunido una gran muchedumbre y gente que salía de toda la ciudad, dijo en parábola: «Salió el sembrador a sembrar su semilla. Al sembrarla, algo cayó al borde del camino, lo pisaron y los pájaros del cielo se lo comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, y después de brotar, se secó por falta de humedad. Otra parte cayó entre abrojos, y los abrojos creciendo al mismo tiempo, la ahogaron. Otra parte cayó en tierra buena, y después de brotar, dio frruto al ciento por uno.» Dicho esto, exclamó: «El que tenga oídos para oìr, que oiga».  
Sus discípulos le interrogaron sobre el sentido de la parábola. Y Él dijo: «A vosotros se os ha otorgado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los demás, en parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan»”.*

*El sentido de la parábola es este: la semilla es la palabra de Dios. Los del borde del camino son los que escuchan, pero luego viene el diablo y se lleva la palabra de sus corazones, para que no crean y se salven. Los del terreno pedregoso son los que al oír, reciben la palabra con alegría, pero no tienen raíz; son los que por algún tiempo creen, pero en el momento de la prueba fallan. Lo que cayó entre abrojos son los que han oído, pero dejándose llevar por los afanes, riquezas y placeres de la vida, se quedan sofocados y no llegan a dar fruto maduro. Los de la tierra buena son los que escuchan la palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia.*

*“Te aconsejo especialmente la oración mental que mueve el corazón a meditar en la vida y pasión del Señor. Si lo contemplas con frecuencia en la meditación, el corazón y el alma se llenarán de Él; si piensas en su modo de actuar, tomarás sus acciones como modelo de las tuyas. Él es la luz del mundo: en Él, por Él y por medio de Él es como podremos ser iluminados y encontrar claridad. Créeme, no podemos llegar al Padre, si no es pasando por esta puerta.”* (Filotea II, 1)

La oración mira a la unión con Dios y al cumplimiento de su voluntad, nos da el justo sentido de nuestra miseria de creatura y de nuestra grandeza de hijos, nos hace capaces de discernir leyendo la realidad y la historia con los ojos de Dios, hace que crezcamos en actitudes de fe, esperanza y caridad.

*“No hay nada que purifique más nuestro entendimento de sus ignorancias y nuestra voluntad de sus malos afectos que la oración, que introduce nuestra mente en la claridad de la luz divina, y expone nuestra voluntad al calor del amor celestial; ella es el agua bendita que, regándolas, hace florecer las plantas de nuestros buenos deseos, limpia nuestras almas de las imperfecciones y apaga las pasiones de nuestros corazones.”* (Filotea II, 1-2).

*“Recemos nosotros así, entrando en el misterio de la Alianza. Arrojémonos, por la oración, en los brazos misericordiosos de Dios, para sentirnos envueltos en ese misterio de felicidad que es la vida trinitaria, y a sentirnos como invitados que no merecen tanto honor. Y a repetir a Dios, en la maravilla de la oracion: ¿Es posible que Tú sepas solo amar? Él no conoce el odio. Él es odiado, pero no conoce el odio. Solo conoce el amor. Este es el Dios al que rezamos. Este es el núcleo incandescente de toda oración cristiana. El Dios de amor, nuestro Padre que nos espera y nos acopaña.”* (Papa Francisco)

En este camino, María es la mejor maestra. Ella ha sabido ser tierra buena para la Palabra, la ha acogido con su FIAT y la ha engendrado no solo en el corazón, sino también en la carne.

**Aprender a orar**

San Francisco de sales nos invita, en primer lugar, a preparar el corazón:

Te recuerdo ante todo la preparación, que consiste en los siguientes pasos:

Te propongo ahora cuatro vías para ponerte en la presencia de Dios. No pretendas usarlas todas al tiempo, elige la que te sea más adecuada, con sencillez y brevedad.

* La primera es una atenta toma de conciencia de que Dios está en todo y en todas las cosas y no hay lugar ni cosa que no nos manifieste su presencia. Nosotros, aun sabiéndolo, con frecuencia no reparamos en ello, como si no lo supiésemos. Por eso, al comienzo de la oración di a tu corazón con toda tu persona, con profunda convicción: “¡Corazón mío, Dios está verdaderamente aquí!”.
* La segunda vía es pensar que Él no solo está presente allí donde te encuentras, sino que lo está de modo particular en lo íntimo de tu corazón ¡Y tu corazón es su morada privilegiada y particular!
* La tercera vía es pensar en nuestro Salvador que, en su humanidad, desde el cielo, continuamente sigue con su mirada a todas las personas de la tierra.
* La cuarta vía es imaginarnos al Salvador a nuestro lado, precisamente como acostumbramos a hacer con los amigos. Y si, además, te encuentras en un lugar donde está el Santísimo Sacramento,esta presencia es real: Él está realmente presente, te ve y piensa en ti. (Filotea II, 1-2)

El segundo paso es acercarse a la Palabra.

*Tomo los pasajes elegidos para la oración. Renuevo en mi interior la conciencia de que esta Palabra está llena del Espíritu Santo y comienzo a leerla con una actitud de respeto y simpatía por ella. Leo y releo el texto, hasta que mi interior se fije preferentemente en ciertas palabras, sintiendo por ellas un cierto gusto, un calor, o hasta que perciba que algunas palabras comienzan más vivamente a relacionarse conmigo. O cuando comprendo algunas palabras particularmente importantes para mí, para mi situación, para nuestra comunidad eclesial, o para mi situación de hoy. Entonces me detengo y comienzo a repetirlas en voz baja atendiendo al corazón y a relacionarme con esta Palabra que es una Persona que me habla. De modo que, mientras repito durante unos minutos estas sagradas palabras, tal vez con los ojos cerrados, no estoy solo atento a su significado, sino a de quién son, de qué cosa están llenas y a dónde deberían llevarme. Se trata de la Palabra de Dios que suscita en mí una veneración, un temor, un respeto. Como dice Orígenes, es una palabra empapada del Espíritu Santo. Cuando escucho la Palabra, la repito o simplemente estoy atento a ella, es el Espíritu Santo que obra en mí. La relación que se establece con la palabra es obra del Espíritu Santo y está en Él. Es el Espíritu que me dispone a aquella actitud necesaria para que la Palabra me hable. Como la Palabra es una persona viva, para conocerla no necesito atosigarla con las mías. También puedo interrumpir la repetición de la Palabra para presentar al Señor alguna reflexión o sentimiento mío que en aquel momento estoy viviendo. Lo importante es que durante todo el tiempo mantenga esta fórmula de hablar, pensar, rezar a un Tú, es decir, mantenga una actitud de relación con Dios. No hay que tener miedo de contar, al principio si es el caso en voz baja, mis reflexiones, preguntas, agradecimientos, súplicas al Señor, llamándolo por su nombre”.* (Rupnik – el discernimiento)

El tecer paso es el de concretar los buenos propósitos que la oración ha suscitado en nosotros.

*“Al salir de la oración, Filotea,* ***debes llevar contigo, sobre todo los propósitos y decisiones tomadas, para ponerlos inmediatamente en práctica durante la jornada. Este es el fruto irrrenunciable de la meditación****. Al salir de la oración que ha impregnado el corazón, debes atender a no provocarle sacudidas; correrías el riesgo de verter el bálsamo recogido con la oración. Quiero decir que, posiblemente, debas permanecer un rato en silencio y trasladar gradualmente tu corazón de la oración a los quehaceres, conservando el mayor tiempo posible los sentimientos y los afectos que han florecido en ti”.*

**Para la oración personal y la meditación**

1. ¿Tu oración, es una escucha silenciosa de la Palabra de Dios?
2. ¿Esta escucha se hace diálogo verdadero y personal con el Señor?
3. ¿Te dejas acompañar por María en la oración, para ser tierra buena?

**Propósito mensual** Dedicar un tiempo a orar con la Palabra de Dios.

# 3. HIJOS EN EL HIJO, CREADOS A IMAGEN DE DIOS. LA CONFIANZA EN DIOS.

Nos abandonamos en el Espíritu Santo, acompañados por María y con la vista en ella: esto nos lleva a confiar en Dios.

¿Qué significa confiar en Dios? Parece una cosa sencillísima, y en cierto modo lo es, y en cambio en la práctica no resulta tan “natural”. Todos los adultos, en sus diversos estadios, han experimentado la tentación y probablemente la realidad, de querer ser “autosuficientes”. De por sí esto es algo bueno, pero... se convierte en malo cuando, en el fondo “autosuficiencia” significa que quiero ser yo quien guíe mi vida, en el sentido de estar convencido de ser el que mejor que nadie sabe lo que es bueno para él.

En este sentido, el Papa Francisco nos ha recordado que es importante hacer lo que Naamán, el Sirio, cuando quiso curarse de la lepra. Tuvo que aceptar quitarse la armadura y los suntuosos vestidos que llevaba para ir a bañarse en el Jordán, como todos los demás. Naamán tuvo que fiarse del profeta Eliseo, pisotear su orgullo y vestirse de humildad. Y lo mismo el samaritano leproso ha sabido volver sobre sus pasos y dar gracias a Jesús. ¡El Señor Jesús es lo más importante, más que la curación y el cumplimiento de las normas! (cfr. Francesco, Homilía para la canonización de San Giovanni Battista Scalabrini y San Artémides Zatti, 9 de octubre de 2022).

La confianza en Dios, por tanto, podría describirse como la convicción profunda (y en continuo crecimiento) que es Dios quien sabe -¡mejor que yo!- lo que me conviene. Esto es muy fácil de decir o de escribir, pero no es fácil de vivir, bastaría considerar alguna muestra de mi oración de petición. ¿Qué pido normalmente a Dios? Por ejemplo, cuando no me siento bien, pido la salud “para seguir sirviéndole con alegría” OK: ¿pero me he detenido un momento a preguntarme si tener buena salud, en este momento, es absolutamente lo mejor para mí? Desde el punto de vista humano, ciertamente lo es, pero ¿lo es también desde el único punto de vista que cuenta - el del Padre?

Cuando una persona querida está seriamente enferma, pedimos que recobre la salud. Pero ¿si el único modo de que aquella persona pueda estar verdadera y totalmente en las manos de Dios fuese precisamente soportar aquella enfermedad – y morir? ¿Si supieses esto, seguirías rezando por la salud de esa persona querida? ¿O, rezarías para que se cumpliera el sueño del Padre sobre ella, sea el que sea? Porque lo más importante no es recobrar la salud, sino alcanzar, al finalizar la experiencia terrenal, el abrazo del Padre. Si verdaderamente tengo confianza en Dios, la perspectiva cambia. Esto no significa que deje de rezar por las necesidades propias de mi vida, de la vida de mis personas queridas y del mundo, sino que aprendo a añadir a toda oración de petición un pensamiento del tipo: “si esto es del agrado del Padre”; “si esta es tu voluntad”; rezo para que N. N. cure, si esto la va a ayudar a alcanzarte eternamente…” O algo parecido. Una oración de petición sin esta añadidura de fondo, es algo así como acudir al Padre como a un repartidor automático, no de bebidas, sino de gracias. Mi oración es como la moneda que añado. Si la Gracia no “viene”, el repartidor me ha “robado” la moneda. ¡Este no es el Dios de Jesucristo!

“Pero entonces este Dios es un Dios cruel”. ¡De ningún modo! Es un Dios que interviene en el juego, porque en Jesús su Hijo, en la cruz, el Padre está cercano a todos los que sufren y que se hallan en dificultad, de modo que nosotros, los humanos, no podemos ni siquiera imaginar; por eso se requiere una actitud profunda de confianza y esto es difícil en la óptica de la autosuficiencia. Esta, en efecto, con frecuencia se convierte en auto-referencialidad- esta bella palabra que tanto usamos y que es casi imposible de traducir en otras lenguas. ¡En inglés se traduce sencillamente como “selfishness”, egoísmo!

**¡Por eso Jesús nos pide que nos convirtamos en niños!**

En Mt 18, 2-4, el evangelista pone en labios de Jesús esas célebres palabras: “Entonces llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y les dijo: «*En verdad os digo que si no os convertís y no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*»”. Se trata de “convertirse” en niños, no de “permanecer” y ni siquiera propiamente hablando, de “volver” a ser niños. Convertirse implica un proceso de crecimiento que dura toda la vida- como cualquier proceso espiritual verdadero. Solo un adulto que se confía al Padre, por medio de Jesús en el Espíritu Santo, puede “convertirse” en niño… y la característica principal del niño es que confía de papá y mamá. Está tan seguro de su amor que no necesita otra cosa, ni poder, ni posición, ni reconocimiento ni “autosuficiencia”. Vivir como un niño en un mundo de concurrencia despiadada no es fácil. Tenemos que ser adultos manteniendo el corazón de un niño que reposa en Dios, que se abandona en Él y que sabrá ser nuestro defensor. Es nuestro Padre, es fiel. Frecuentemente nos inquietamos en vez de abandonarnos confiadamente en el Señor. (n.d.r. Libre adaptación de palabras del escritor Jacques Philippe).

Un amigo narró una vez una cierta aventura de niño. Tendría unos 5 o 6 años cuando su familia fue a pasar el día en la montaña. Día estupendo y de cansancio. En el sendero de vuelta a donde habían dejado el coche, este amigo mío recuerda que estaba cansadísimo. Y que el papá lo tomó de una mano y la mamá de la otra bajando así por el sendero. Él no sabía si caminaba o volaba… Llegaron al coche “sanos y salvos”; él se colocó en el asiento posterior y cayó en un sueño profundo hasta llegar a casa. Luego de muchos años del suceso, usaba todavía esas imágenes para explicar qué era la confianza en Dios: era como caminar por un sendero de montaña con seguridad, al igual que las manos de papá y mamá me sostenían y no permitían que cayera y me lastimara… ¿Una imagen infantil? Al contrario, una imagen poderosa en su sencillez, para nosotros adultos, que quisiéramos hacer todo solos y tendemos a involucrar al Padre solo cuando nos vemos en apuros.

La fuente de este estilo de confianza, el modelo, es Jesús mismo. En la Carta a los Hebreos el autor sagrado pone en labios de Jesús estas palabras:

“*Por eso al entrar en el mundo, dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo, no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije he aquí que vengo – pues así está escrito en el comienzo del libro sobre mi – para hacer oh Dios, tu voluntad*” (Heb. 10, 5-7)

Este es el contexto en el que la Escritura nos invita a leer todo el misterio de la Encarnación (cfr. Lc. 2) que es un misterio profundísimo de confianza del Hijo en el Padre y del Padre en el Hijo. Jesús viene al mundo no porque “le plazca” de modo especial, no para realizarse como persona, y ni siquiera para hacernos ver lo bueno que era, sino para hacer la voluntad del Padre. Esta es la base de la actitud de confianza que alcanzará niveles altísimos en Getsemaní (cfr. Lc. 22, 42). “Padre, si quieres aparta de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya;” y en la cruz (cfr. Lc. 23, 46) “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”.

Una vez más, vemos que se trata de una actitud que necesita un período largo de tiempo para hacerlo connatural. Es importante no desanimarse, si nos contemplamos todavía muy lejos de este ideal.

Si consideramos todo esto como trasfondo de la Encarnación en Lucas 2, quizá lleguemos a captar el sentido de desarrollo y realización que se lee entre líneas del capítulo del tercer evangelio. ¿Quién sabe por qué el censo sucedió –y en consecuencia el viaje de José y María- precisamente cuando María estaba encinta y a punto de dar a luz? ¿No podría haberse escogido un momento mejor? ¿Es posible que no hayan logrado encontrar un lugar en una posada? ¡Sí, ya sabemos, que había una casa llena a causa del censo... ¿Y los primeros testigos? ¿Es posible que deba ser precisamente de pastores, gente poco recomendable según la mentalidad del tiempo (estaban siempre en medio de animales, y además trabajaban de noche como los ladrones…)?

Atención, dos veces en este evangelio de Lucas se repite una observación sobre María: en el v. 19 y en el 51b- “María, por su parte guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón”. Es una indicación importante que nos viene precisamente de María, maestra en hacerse como un niño: la meditación, la oración silenciosa. El misterio de la obediencia de Cristo solo así puede ser afrontado: con la oración.

Immagine che contiene testo, montagna, esterni, cielo

Descrizione generata automaticamenteMaría, por su parte, nos muestra cómo puede acogerse la voluntad de Dios. Al final del relato de la Anunciación, María hace una afirmación impresionante: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc. 1, 38). No está claro lo que ella, en este punto, comprendió que habría de suceder. Ciertamente no era mucho.

Cuántas preguntas pasarían por su mente y por su corazón en ese momento… y cuántas otras a lo largo del camino de la fe, especialmente en los 30 años de Nazaret, se habrá preguntado: ¿Será verdaderamente el hijo de Dios... ¿Este hijo mío que ríe y llora, que duerme y come, que se cae y se lastima las rodillas? ¿Este muchacho en cuyos ojos se refleja la tersura del cielo, pero que no hace nada de especial? ¿Estudia como todos en la sinagoga y aprende el oficio de papá… Este joven que, evidentemente, tiene un gran corazón que ama a todos, pero no parece interesarse por ninguna muchacha de su edad? ¿Qué será de él? ¿Qué será de aquella promesa de hace casi 30 años?”

Y sin embargo María se ha fiado y ha dejado que la mano de Dios la sostuviese durante todo el curso de su vida. Ciertamente ha habido muchos momentos de duda, pero María ha decidido no abandonar nunca esa mano que ha apretado el día que dijo su “Sí”. Y para hacerlo ha elegido la actitud de la meditación y la oración silenciosa.

Una de las vías más privilegiadas de la revelación de Dios –tal como él es- es precisamente el misterio de la Virgen María. Es hermoso ver cómo María está presente hoy en la vida del mundo. Si nos confiamos a ella, si nos dejamos educar por ella, nos abre el camino del verdadero conocimiento de Dios, porque nos introduce en la profundidad de la oración y de la **confianza auténtica**. Si nos ponemos totalmente en sus manos, nos educa y nos comunica el verdadero conocimiento de Dios. (n.d.r. Adaptación libre de palabras del escritor Jacques Philippe).

A la luz del Aguinaldo 2022 que nos invita a redescubrir la figura de San Francisco de Sales, en el 400 aniversario de su muerte, me parece que podemos hallar alguna nota interesante precisamente sobre la obediencia y la confianza en Dios. El título mismo del Aguinaldo está tomado de una carta de Francisco a Juana Francisca de Chantal. Y afirma:

*“Pero si estáis muy aficionada a las oraciones que habéis señalado anteriormente, no cambiéis, os lo ruego, y si os parece que tenéis que renunciar a alguna cosa que os propongo, no tengáis escrúpulos, porque la regla de nuestra obediencia que os escribo en mayúsculas dice: HACER TODO POR AMOR, NADA A LA FUERZA. ES MEJOR AMAR LA OBEDIENCIA QUE TEMER LA DESOBEDIENCIA.”* (Carta CCXXXIV. A la Baronesa de Chantal, 14/10/1604, OEA XII, 359).

“Es mejor amar la obediencia que temer la desobediencia”. Estas palabras abren un abanico sobre la idea de san Francisco de Sales en el tema de la obediencia. Ella funciona solo en un contexto de amor y de confianza total y no puede basarse en el temor a equivocarse. ¡Sería algo así como dejar de correr, o incluso de caminar, porque podríamos caernos!

Para hacer esto Francisco de Sales sugiere el camino importantísimo de la oración, como comunicación del corazón humano que habla al corazón de Dios. El Dios que no solo es Dios del corazón humano, sino también “amigo del corazón humano”. Por tanto, a través de este tipo de oración, se trata de amar la voluntad de Dios, de hacer coincidir el latido de nuestro corazón con el del Maestro… porque la oración no consiste en pensar mucho, sino en amar mucho… (cfr. Á. Fernández Artime, “Fate tutto per amore, nulla per forza” Strenna 2022, pp. 22-23).

**Para la oración y meditación personal**

1. ¿En qué espacios de mi vida tiendo a ser “autosuficiente” o, incluso, “autorreferencia” y cómo logro combinar esto con mi relación con Dios?
2. ¿Cómo concibo mi oración de petición? ¿Según qué parámetros? ¿Y se hace realmente a la luz del plan de Dios o solo del mío? ¿Puedo descubrir todavía en mí, momentos en los que me dirijo al Padre como “distribuidor automático” de gracias?
3. ¿En qué momento me encuentro en el camino de convertirme en un niño? ¿Cómo agarro la mano de Dios que me sostiene y cómo me aferro a ella?
4. ¿Intento imitar a Jesús, basando mi confianza en mi elección de obediencia a la voluntad del Padre? ¿Cómo?
5. ¿Reflexiono sobre el camino humano de la fe de María, desde el “fiat” hasta Pentecostés?
6. ¿Amo la obediencia o más bien temo la desobediencia? ¿Estoy tentado, a veces, de dejar de caminar para no caer?
7. ¿Mi oración personal, hecha de silencio, se está convirtinedo cada día más en una experiencia de mi corazón que habla al corazón de Dios? ¿O hay todavía demasiado “ruido” y demasiado de mí mismo, y demasiado poco de Él?

**Propósito mensual**

Añadir a toda oración de petición un pensamiendo como: “si esto entra dentro de tus planes, Padre…”; “si esta es Tu voluntad...”

# 4. "LOS AMÓ HASTA EL FINAL” (JN. 13, 1)

**1. Para reconocer el corazón del presente...**

“Seguid venciéndonos en las pequeñas contradicciones cotidianas que os molestan, y emplead en ello lo mejor de vuestros deseos. Sabed que por ahora, Dios no quiere otra cosa de vosotros; no perdáis, pues, el tiempo, queriendo hacer otra cosa. No sembréis vuestros deseos en el jardín de otro, sino pensad solo en cultivar bien el vuestro. No deseéis no ser lo que sois, sino desead siempre ser, del mejor modo posible, lo que sois. Dirigid vuestros pensamientos a perfeccionaros en esto y a llevar las cruces, grandes o pequeñas, que encontréis en el lugar que se os ha asignado. Y creedme: este es el gran secreto, el secreto menos comprendido de la vida espiritual. Cada cual ama lo que es de su gusto y son pocos los que aman lo propio de su deber y del gusto de nuestro Señor. ¿Para qué sirve construir castillos en España, si tenemos que vivir en Francia? Esta es una antigua enseñanza mía, y vosotros la entendéis muy bien” (Carta a la mujer de Presidente Brulart, junio de 1607).

¿Elegir un presente para amar o elegir amar el presente? Podemos resumir en estas palabras el interrogante que Francisco de Sales dirige a una de sus Filoteas en una carta de 1607. En realidad, resonando de siglo en siglo, el interrogante planteado por el santo obispo de Ginebra llega hasta nosotros, particularmente en este tiempo de Adviento, que nos prepara para la venida del Señor.

Las acertadas palabras de Francisco de Sales nos revelan al mismo tiempo, el secreto más profundo de la santidad y nos ayudan a desenmascarar una de las más frecuentes e insidiosas tentaciones, que con frecuencia acechan en nuestro camino. El santo de la amabilidad, con tono delicado y al mismo tiempo firme, nos da a entender claramente, que el único jardín en el que la semilla de la santidad, sembrado por la gracia de Dios y cultivado por nuestra libertad, puede crecer y madurar, es solo y solamente el de nuestro presente, del aquí y ahora. Es el aquí y ahora de nuestro tiempo y espacio, de nuestras condiciones de vida y salud, de nuestras relaciones y afectos, de nuestro trabajo y de las mil circunstancias del cotidiano, de nuestra pequeñez y de nuestra fe siempre en camino. Es un presente que, a veces, nos parece angosto y otras veces nos revela increíbles sorpresas, un presente siempre acechado por el correr de los días, pero un presente que es el único tiempo verdadero, concreto y real de nuestra vida, en el que esta nuestra vida se juega. No siempre es inmediatamente evidente, reconocible y visible a primera vista, la presencia de Dios que representa la verdadera y auténtica riqueza que encierra nuestro pasado. Se trata, en efecto, de una riqueza profunda y preciosa al mismo tiempo, que no se impone ni busca espacios de protagonismo, pero que, de modo discreto y concreto, elige con tesón no rendirse y sigue habitando y bendiciendo este tiempo, no cambiándolo por otro tiempo, sino transfigurándolo, como lo que es, un tiempo de gracia.

Las acertadas palabras de Francisco de Sales nos revelan al mismo tiempo, el secreto más profundo de la santidad y nos ayudan a desenmascarar una de las más frecuentes e insidiosas tentaciones, que con frecuencia acechan en nuestro camino. El santo de la amabilidad, con tono delicado y al mismo tiempo firme, nos da a entender claramente, que el único jardín en el que la semilla de la santidad, sembrado por la gracia de Dios y cultivado por nuestra libertad, puede crecer y madurar, es solo y solamente el de nuestro presente, del aquí y ahora. Es el aquí y ahora de nuestro tiempo y espacio, de nuestras condiciones de vida y salud, de nuestras relaciones y afectos, de nuestro trabajo y de las mil circunstancias del cotidiano, de nuestra pequeñez y de nuestra fe siempre en camino. Es un presente que, a veces, nos parece angosto y otras veces nos revela increíbles sorpresas, un presente siempre acechado por el correr de los días, pero un presente que es el único tiempo verdadero, concreto y real de nuestra vida, en el que esta nuestra vida se juega. No siempre es inmediatamente evidente, reconocible y visible a primera vista, la presencia de Dios que representa la verdadera y auténtica riqueza que encierra nuestro pasado. Se trata, en efecto, de una riqueza profunda y preciosa al mismo tiempo, que no se impone ni busca espacios de protagonismo, pero que, de modo discreto y concreto, elige con tesón no rendirse y sigue habitando y bendiciendo este tiempo, no cambiándolo por otro tiempo, sino transfigurándolo, como lo que es, un tiempo de presenta es más profundo y precioso.

Immagine che contiene testo, tessuto

Descrizione generata automaticamenteFrancisco de Sales nos sugiere que al Señor no lo encontraremos jamás, y no nos saldrá nunca al encuentro en otro lugar, puede que más perfecto, pero ciertamente abstracto e irreal, sino única y solamente en este presente, tal como es, con sus luces, sus claroscuros y con sus contradicciones. Nunca será posible encontrar al Señor sino reconociéndolo en las llagas y en las heridas de la realidad, en el jardín de nuestra vida y de nuestra historia, y en la de Francia que, incluso viendo las mil y una ventajas y mérito de una hipotética España, es el único verdadero terreno de nuestra vida. Solo así podremos experimentar que el Señor no nos viene al encuentro porque vivimos un ambiente hecho posible solo por nuestro esfuerzo, sino que se encuentra allí donde estamos, porque ama infinita y simplemente nuestra vida.

El Señor no nos pide que seamos otra cosa de lo que somos o de ir a un lugar diverso del aquel en el que nos encontramos. Nos pide la humildad de acoger su venida en la pobreza de nuestro presente que, como el pesebre de Belén, es el único lugar en el que Dios quiere ser hospedado. Y es precisamente en esta experiencia de haber reconocido en el Señor, el huésped, con frecuencia no percibido en nuestro cotidiano, donde recibimos la fuerza de caminar y crecer en santidad. Por eso, santidad no es, como a veces pensamos, sustituir este presente, con nuestra vida y nuestra historia, con otro presente, radicalmente nuevo y totalmente diverso, que borre en un momento y de un plumazo, lo que somos y lo que hemos sido, para dar lugar a un nuevo comienzo que nos haga entrever mejores posibilidades de éxito partiendo de cero. Santidad tampoco es tratar, a fuerza de voluntad y con nuestros esfuerzos, de progresar, de crecer y mejorar, como si Dios, después de habernos dejado vislumbrar un camino a seguir, nos esperase en la línea de meta, interesado y curioso por evaluar la eficacia de nuestros esfuerzos y la firmeza de nuestra perseverancia, como si de alguna manera debiéramos merecer y ganarnos su Amor a base de esfuerzos y de resultados obtenidos. La santidad de la que Francisco de Sales nos revela el secreto es, en realidad, algo infinitamente más hermoso y grande, algo infinitamente más divino e inmensamente más humano. Santidad no es intentar, por la fuerza de la voluntad, no ser lo que somos y ser otros de lo que somos, negando que Dios ha querido, bendecido y amado nuestra irrepetible singularidad. Por el contrario, santidad es precisamente vivir este presente, esto es, tratar de ser lo que somos de manera perfecta, no como meta de nuestros esfuerzos, sino a la luz de descubrirnos y reconocernos, con infinita y nunca agotada maravilla, destinatarios privilegiados del Amor eterno, infinito y fiel de Dios que no conoce dudas, inseguridades y vacilaciones, hasta el punto de dar Su misma vida por nosotros. Y es precisamente este saberse gratuita e infinitamente amados por Dios, llamados a responder y no a alcanzar su amor, lo que permite a nuestra vida florecer en la auténtica y verdadera santidad; en reflejar, de modo único e irrepetible, de un modo que será solamente el nuestro, en los rasgos de nuestro rostro, los rasgos del rostro del Señor.

El amor de Dios, su presencia a nuestro lado, el habitar precisamente en nuestro cotidiano, no nos transporta mágicamente a un presente diverso, sino que transforma y transfigura radicalmente este presente, renovándolo, haciendo florecer y fructificar todas sus potencialidades y posibilidades de bien, de luz y de gozo. Como nos dice San Francisco de Sales, si en nuestra vida y en nuestro presente tenemos la valentía de habitarlo y alumbrarlo, descubriremos que Dios no descarta, sino que redime, no condena, sino que purifica, no sugiere, sino que ama. Y este es precisamente el secreto de la santidad: no tener que esforzarse por ser amados, sino poder florecer gracias al hecho de ser amados infinitamente sin síes y sin peros, no devueltos al remitente por nuestros defectos de fábrica, con frecuencia fruto de elecciones equivocadas de nuestra libertad, sino redimidos y renovados radicalmente por el amor más grande que nos ha amado hasta el extremo, es decir, hasta la muerte y la muerte en cruz. Santidad no es ser otro diverso de nosotros mismos, sino llegar a ser, a través del tejido diario de la gracia y de la libertad, plenamente nosotros mismos, lo que estamos llamados a ser, no como soñamos, sino como desde la eternidad Dios nos ha soñado y no cesa de soñarnos. Y todo esto no es posible vivirlo en otro lugar, sino solamente en el centro y en el corazón de este nuestro presente habitado, animado y amado por Dios.

**2. ...** **La presencia amorosa de Dios…**

Del evangelio de San Juan (Jn 13, 1-17):

“*Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica.»*”*.*

Es la presencia de Dios en el corazón de nuestro presente la que convierte nuestro presente, incluso en sus inevitables e imprevisibles imperfecciones, en el lugar en el que nuestra santidad está llamada a florecer. La presencia de Dios en el corazón de nuestro presente nos da la gracia y la fuerza de estar presentes en nuestro presente, viviéndolo en la presencia de Aquel que, eternamente presente, nos ama y acompaña constantemente con Su amor en nuestra cotidianeidad. Es la opción de Dios de habitar nuestro tiempo, lo que hace nuestro tiempo habitable, el lugar en que es posible recibir, reconocer y devolver su amor. Y es en este, nuestro camino, que llevando a habitar nuestro presente nos ayuda a huir y a evitar la tentación siempre acechante de buscar refugio en otra parte, un tiempo privilegiado es ciertamente el del Adviento.

El Adviento es el tiempo litúrgico que, año tras año, la Iglesia nos ofrece para prepararnos, caminando en comunión y en comunidad, al misterio de la Navidad del Señor. El Adviento es un tiempo de gracia totalmente especial, un tiempo que se nos da para poder renovar el asombro y despertar la maravilla ante el hecho más desconcertante e imprevisible de todos los tiempos, un hecho que ha cambiado para siempre la historia. Un filósofo de la antigüedad afirmaba con absoluta certeza: “una cosa es cierta, jamás un Dios ha bajado aquí”. Ante esta afirmación que excluye categóricamente que Dios pueda, de algún modo, hacerse cercano y presente a los hombres, se presenta el imprevisto e inaudito misterio de Belén que el evangelista Juan resume en estas palabras que, de edad en edad, no cesan de resonar en la historia: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14).

En la gruta de Belén Dios, por su libre opción de amor, no permanece lejano y distante, no envía al hombre un mensajero o un código de conducta, sino que se hace hombre naciendo de la bienaventurada Virgen María. En Navidad Dios Padre envía por el poder del Espíritu Santo a su Hijo unigénito al mundo, no para condenar al mundo sino para salvarlo por su amor. Este es el misterio de la Encarnación que nos preparamos a celebrar en Navidad, el misterio de amor de un Dios que, con tal de salvar al hombre, no duda en involucrarse en primera persona en la historia de la humanidad, traspasando los confines de lo eterno y viniendo a habitar en el corazón del tiempo, de la historia, del presente de todo hombre. Es en Navidad cuando el Hijo de Dios, de la misma naturaleza del Padre, viene a habitar en el corazón de nuestro presente, para que todo hombre, desde el corazón de su presente pueda encontrar el corazón de Dios abierto de par en par. En Navidad, Dios, haciéndose hombre, no decide crear de la nada “otro presente”, sino que elige renovar y recrear nuestro presente con su amor, que supera toda distancia, toda soledad, todo abandono. Con la encarnación el eterno, por amor al hombre, se hace “nómada”, aceptando venir a vivir entre nosotros, plantando su tienda en nuestro tiempo, para que cada uno de nosotros, recorriendo su propio camino pueda descubrir y experimentar que es constante y cotidianamente acompañado por el Emmanuel, el Dios con nosotros.

 Y es precisamente este mismo Amor, el amor que lleva a Dios a hacerse hombre en su Nacimiento, que se manifiesta y se realiza definitivamente en la Pascua de la Muerte y Resurrección del Señor, en su dar la vida “por nosotros y por todos”, para la salvación de cada hombre. En el misterio del Nacimiento y de la Pascua, eventos que, a primera vista, parecen tan diversos y distintos, late la misma lógica de Amor, vive el mismo Amor infinito y desmesurado de Dios por el hombre. Es precisamente en la cruz donde el Amor de Dios se ha revelado en toda su increíble e infinita profundidad. Es un Amor que ama hasta el extremo. Sin rebajas ni vacilaciones, un Amor que elige habitar en el último puesto, el puesto del abandonado por Dios, para que ningún hombre, ni siquiera el más alejado distante y desesperado, se encuentre excluido de este abrazo de salvación, abierto siempre de par en par al corazón del mundo. Después de la Pascua no hay ni habrá hasta el fin de los tiempos y de la historia un presente en el que Dios no esté presente, un presente en el que, si aceptamos acoger el don del Amor, que siempre se nos ofrece, no podamos palpar con la mano que Dios nos ama y nos salva. Y precisamente por esto, porque el Amor hasta el extremo de Dios está presente en el corazón de nuestro presente, el Señor, la noche en que iba a ser entregado, nos ha dado y consignado la Eucaristía, el sacramento perenne de su Amor por nosotros. Precisamente por esto la Eucaristía es el mayor tesoro que Dios ha confiado a su Iglesia, la fuente y el corazón que late en la vida de la comunidad cristiana y en el camino de todos los hijos de Dios. En la Eucaristía el don del Amor vivido por el Señor en la cruz no viene a ser como un recuerdo encerrado en un pasado cada vez más lejano, sino que por el poder del Espíritu Santo se hace presente en el corazón de nuestro presente, invadiendo nuestra vida en el aquí y ahora de nuestro tiempo. En el “pan cotidiano” de la Eucaristía, repartido día tras día para nuestra salvación abarca y rompe los confines del tiempo, convirtiéndose en una fuente viva de Amor a la que hoy podemos acercarnos en nuestro presente. La Eucaristía es el lugar en el que descubrimos quiénes somos a los ojos de Dios, hijos amadísimos por los que el Padre no ha dudado sacrificar a su único Hijo, para que ninguno se pierda y todos podamos ser salvados. El mismo sacrificio, la misma cruz, el mismo Amor infinito se hacen presentes en la Eucaristía, en este tiempo y en este espacio para que, hasta los confines del mundo y del tiempo, todos los hombres puedan experimentar y recibir la salvación de Dios. La Eucaristía, haciendo presente la cruz del Señor y plantándola en el corazón de nuestro presente, nos da la gracia de poder habitar y vivir este nuestro presente, sin refugiarnos en otro lugar, como un tiempo de gracia, en el que reconocer y encontrar el rostro de Dios. Ahora comprendemos las palabras de un padre de la Iglesia que, comparando a Cristo con el amado del que habla el Cantar de los Cantares, veía en la encarnación, en la cruz y en la Eucaristía las tres “locuras de Amor” con las que Dios en su Hijo ha elegido estar presente en el presente de todo hombre.

Son las palabras del evangelista Juan las que nos permiten recoger, a pesar de nuestra pobreza, cuatro destellos de este Amor infinito que todos los días estamos llamados a acoger en la Eucaristía. Como sabemos, Juan, a diferencia de los sinópticos, al narrar la última cena del Señor no narra la institución de la Eucaristía sino que nos describe la escena del lavatorio de los pies en la que el Maestro y Señor, en la noche en que fue entregado, amó a los suyos hasta el extremo, inclinándose para lavarles los pies. Es este gesto, grabado para siempre en las páginas de Juan y en el corazón de la historia, el que nos revela el significado profundo de la Eucaristía, de la que el lavatorio de los pies constituye la “explicación” que el mismo Señor nos ofreció.

**a. El don de la presencia.** En la Eucaristía el Señor hoy, aquí y ahora, se hace presente en el corazón de nuestro presente, no en otro lugar. En la Eucaristía, Dios no nos da consejos e indicaciones, sino que elige demostrarnos su amor de la manera más radical y profunda que existe, esto es, con el lenguaje de la presencia. Amar es hacerse presente, estar presente; aquí es precisamente donde radica la presencia salesiana. Dios no se contenta con decirnos o con darnos algo, sino que en la Eucaristía opta por venir, con todo su mismo ser, a habitar este tiempo presente, no otro tiempo. La presencia, compartir el tiempo, es la base y el fundamento de todo Amor. Con la Eucaristía Dios no exige habitar en nuestro pasado o nuestro futuro, sino que hace del aquí y ahora, a veces tan áspero y tan árido, el tiempo privilegiado en el que encuentra, ama y salva nuestra vida.

**b. El sacrificio.** La presencia de Dios en nuestro presente no es un hacerse presente distraído, indiferente, curioso, no es una tocata y fuga. En la Eucaristía no viene Dios a dar una ojeada a nuestro presente, no se asoma a la ventana de mi historia para una rápida inspección al espacio de mi vida, sino que irrumpe en mi vida con toda la carga y la fuerza rompedora de su Amor que no ha dudado en sacrificarse por mí hasta el final, hasta el último respiro. La presencia de Dios que la Eucaristía hace brotar en el corazón de nuestra vida no es una presencia tibia, tímida e inerte, no es una presencia soñolienta y distraída, sino un fuego ardiente de Amor, es Dios mismo que, por salvar mi vida, no duda en sacrificarse a sí mismo. En la Eucaristía, nuestro presente no es invadido por promesas vagas o promesas genéricas, sino por el don del Amor infinito de Dios, de un Dios, que se ha implicado hasta el extremo en mi historia. Dios elige pagar el más alto precio, el sacrificio de sí mismo. Para amarme a toda costa, elige hoy entregarse y darse a sí mismo, para que en este presente el hombre tenga vida y la tenga en abundancia.

**c. La comunión**. Los cristianos pensamos demasiadas veces, que caminar con Dios es una cuestión privada, un hecho que atañe a cada uno tomado individualmente, un asunto privado, para individuos, no como algo que abre el horizonte de un camino en comunidad. Y, sin embargo, la belleza, con frecuencia olvidada y descuidada, de ser cristianos es precisamente la de pertenecer a la Iglesia, a una comunidad de hermanos y hermanas en comunión y en camino como pueblo, como familia de Dios. Y este es precisamente el don que hoy brota de la Eucaristía. La iglesia nace y vive de la Eucaristía, la comunión de aquellos que, sintiéndose amados por el mismo Amor, caminan amándose como el Señor nos ha amado. La eucaristía no es algo que se me ha dado a mí y para mí, independientemente de los demás. Esta no es, ni puede ser en ningún caso y por ningún motivo la lógica del Amor, ¡y mucho menos del amor de Dios! El Amor no divide, sino que crea y busca la unidad, tejiendo relaciones y recomponiendo aquellos lazos que, por tantas razones pueden haberse aflojado y hasta haberse deshecho. Al recibir la Eucaristía, el Cuerpo de Cristo ofrecido por nosotros y por todos, recibimos, al mismo tiempo la gracia de ser miembros del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia de la que el mismo Cristo es la cabeza. No es posible pertenecer a Cristo y no considerarse como pertenecientes a su Cuerpo. Es precisamente en la Eucaristía donde se nos regala una comunidad de hermanos y hermanas a quienes amar y de quienes dejarse amar; es en la comunión donde, por encima de simpatías y opiniones, entramos en comunión con el que, a nuestro lado, y quizá un desconocido, ha recibido el mismo regalo de Amor. Es sabernos amados por el mismo Amor y llamados a amarnos con el mismo Amor que hemos recibido lo que nos hace palpar que la Eucaristía nos constituye en Iglesia, confiándonos a los hermanos y confiándonos hermanos a quienes amar.

**d. El testimonio**. La Eucaristía, como repetimos en toda celebración, no se nos da solamente para el “vosotros” discípulos e Iglesia. Sino que se da “para todos”, para recoger y reunir en un único Amor a los hijos de Dios todavía dispersos. La Eucaristía, la cruz de Cristo que implica y renueva hoy mi vida, no me encierra en mi yo ni en un grupo elitista, o en un club exclusivo. La Eucaristía, que nos hace sabernos amados y nos hace Iglesia, nos inserta en el mismo movimiento de Amor que hace latir el corazón de Dios, un Amor que no tiene paz ni descansa mientras haya alguien que no ha experimentado la belleza del saberse amado y tener experiencia de ser amado como hijo. La Eucaristía no nos encierra, sino que nos lanza y envía por el mundo, como comunidad, para “revelar” a quien todavía no haya encontrado el Amor que hemos recibido. Es la Eucaristía la que nos convierte en testigos de cuanto hemos visto con nuestros propios ojos y tocado con nuestras manos. Nos hace testigos capaces de orar, y de entregarnos, precisamente porque nos hemos convertido en una sola cosa con Jesús, de hablar al Padre con la misma intimidad y confianza de su Hijo. Nos convierte en testigos capaces de construir fraternidad, dándonos, porque nos hemos hecho una sola cosa con la iglesia, capaces de componer y recomponer relaciones en las que acogerse y acompañarse como hermanos. Nos hace testigos capaces de vivir el servicio, entregándonos, porque nos hemos convertido en una sola cosa con el corazón del Hijo, de cara a los alejados; de arremangarnos y mancharnos las manos, a menudo con pequeños gestos más que con grandes discursos, para llenar nuestra cotidianeidad, en casa y en el trabajo, del dulce y delicado perfume de Cristo.

Es por esto por lo que Don Bosco ponía a la Eucaristía, el Amor de Dios que se hace presente en el corazón de mi presente, como uno de los pilares fundamentales e irrenunciables del Sistema Preventivo. Para Don Bosco se trata de una convicción profunda experimentada personalmente. En la Eucaristía, los huérfanos de Valdocco, los jóvenes abandonados y en peligro de ayer y de hoy, han podido, pueden y podrán experimentar el Amor infinito de un Dios que, aunque no tengamos nada y no seamos de nadie, nos ama como un Padre que entrega todo por nosotros, hasta el extremo, hasta el último aliento de su vida. Esta es la convicción profunda que emerge en el sueño de las dos columnas que resume los cimientos fundamentales de la espiritualidad salesiana. La Eucaristía es una presencia que emerge, como don gratuito de Dios, precisamente en el centro de este presente borrascoso y tempestuoso, no en otra parte. Dios se hace presente hoy, aquí y ahora, no en otro espacio, permitiendo atracar nuestra nave a la columna de su Amor, entregado por nosotros en la cruz y repartido todos los días en la Eucaristía, único puerto seguro de nuestro presente. Es una columna en la que no llegan ni atracan otras muchas naves solitarias, gobernadas por timoneles aislados, pero en la Eucaristía atraca la gran nave de la Iglesia, gobernada por el sucesor de Pedro. Y no es una nave de lujo, reservada a pocos privilegiados, la que encuentra un puerto seguro en la Eucaristía. Es más bien, como tantos sueños de Don Bosco revelan repetidamente, una balsa, un bote salvavidas, como los que tantas veces aún hoy surcan nuestros mares y buscan acogida en nuestras costas y ciudades, en busca de esperanza y salvación. En la columna de la Eucaristía no atracan naves lujosas, sino solo balsas que incluso en riesgo de hundirse por las furiosas tormentas, son hasta el final, sin descuentos y sin compromisos, lugares abiertos y acogedores, extendidos, en una solicitud que no puede detenerse, para acoger a bordo a quienes, por las infinitas circunstancias de la vida, corren el riesgo de hundirse y ahogarse.

Escribe Don Bosco:

*"* En medio de la inmensa extensión del mar, dos robustas columnas surgen de las olas, muy altas y poco distantes la una de la otra. Encima de una está la estatua de la Virgen Inmaculada, a cuyos pies cuelga un gran cartel con esta inscripción: «AUXILIUM CHRISTIANORUM»; en la otra, mucho más alta y grande, se encuentra una OSTIA de tamaño proporcional a la columna, y debajo otro letrero con las palabras: «SALUS CREDENTIUM».” (MBe VII, 153)

**Para la oración personal y la meditación**

1. En mi cotidiano, ¿amo el presente que tengo o elijo o deseo otro diverso?
2. ¿Intento progresar y mejorar solo con mi esfuerzo, o confío cada jornada al Señor, haciéndome acompañar de Él en mis opciones, acciones, dificultades y alegrías?
3. ¿Vivo la Eucaristía como don de infinito amor y vibra mi corazón cuando recibo a Jesús?
4. La Eucaristía me hace testigo de comunión y capaz de llenar mi cotidiano “del dulce y delicado perfume de Cristo”?

**Compromiso mensual**

Todas las mañanas, al levantarme, haré como primer gesto, la señal de la cruz, pidiendo ayuda a Jesús, para vivir bien y en su compañía, toda la jornada. Durante la semana, al recibir la Eucaristía, pediré al Señor que mueva mi corazón para que sea consciente de su visita.

# 5. MARÍA, ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO, NOS ENSEÑA A HACER TODO POR AMOR

Desde la creación del mundo y durante toda la historia de la salvación, Dios ha comunicado su amor a la humanidad mediante la acción de su Espíritu y la participación redentora del Hijo. La gracia salvífica que se nos ha dado tiene una digna representación en María; con la generosidad de su FIAT, María, en representación del género humano, ha acogido en su corazón el proyecto de Dios, y por acción del Espíritu, ha concebido en su seno al Salvador. Meditando el texto de la Anunciación, nos encontramos ante el misterio de la alianza de Dios con la humanidad; Él no realiza sus obras arbitrariamente, no irrumpe de improviso en la historia para realizar sus planes. Es un Dios que respeta nuestra libertad; su estilo no es de imposición, sino de amor que mueve y conquista la voluntad humana.

El “fiat” de María sigue siendo, por tanto, pleno e incondicional. Viene espontáneo comparar este “fiat” pronunciado por María con el “fiat” que resuena en otros momentos cruciales de la historia de la salvación: con el “fiat” de Dios al comienzo de la Creación y con el “fiat” de Jesús en la Redención. Los tres expresan un acto de voluntad, una decisión. (Cantalamessa, 1990, p.11)

El Sí de María es la continuidad y la renovación de la alianza. Antes de que el milagro de la encarnación se dé biológicamente en su cuerpo, María abraza y se adhiere libremente a la voluntad divina. Así, con su obediencia en la fe, entra en la alianza de amor de Dios con la humanidad.“El “Sí” de María no es solo un acto humano, sino también divino, porque ha sido suscitado por el mismo Espíritu Santo en lo íntimo del alma de María” (Ibidem), decimos que es la Esposa del Espíritu Santo porque se ha dejado conquistar por el amor de Dios y, en esta lógica de libre donación acepta plenamente su voluntad.

Contemplando el ejemplo de María, aprendemos el estilo de la docibílitas cristiana. Quien acepta formar parte de la alianza con Dios entra en una dinámica de fe que no excluye el uso de la razón humana. María pregunta al ángel cómo se realizará el plan de Dios; es consciente, de que según lo que se le ha anunciado, en ella sucederá algo que no es humanamente posible. María es una mujer concreta y realista. Su actitud no es la del que se pregunta, de manera incrédula y anticonformista; se pregunta y razona para entrar mejor en el proyecto de Dios; sin embargo, ante el misterio divino que quizá no comprende del todo, reconoce que el Señor, al que ha ofrecido su vida, le pide una fe profunda, una fe enraizada en el amor.

**Movida por el amor**

La acción del Espíritu llena el corazón de María, la ha revestido de su gracia, convirtiéndola en morada del Salvador. En la comunión de amor que la une a la Trinidad, María es impulsada a ira hacia los demás. La visita a Isabel, icono del servicio y de la caridad, es interpretada como expresión y continuidad del sí generoso de María. El Amor que habita en el seno de María no es una experiencia íntima, es una gracia dada y comunicada en un gozo profundo.

Cuando María se entera de que su prima Isabel espera un hijo a pesar de su edad, hace una lectura creyente de los hechos: nada es imposible para Dios; aunque la potencia de Dios es grande, Él cuenta con nuestra adhesión a su plan. María intuye que también Isabel, como ella, ha dado una respuesta generosa que probablemente comporta algún sacrificio. Entonces se pone rápidamente en camino para visitar a su pariente.

Las referencias evangélicas son conocidas: la íntima relación (no solo porque en el texto de Lucas viene a continuación) entre la experiencia de la Anunciación y el viaje que María emprende “de prisa” para visitar y servir a su pariente Isabel. Más aun: el “signo” que el ángel Gabriel da a la Virgen, no es tanto una convincente confirmación teórica, capaz de comprobar su confianza en Dios, sino más bien una invitación a la misión a “ponerse en camino”, a llevar a Isabel y a su familia (incluido el que va a nacer, Juan Bautista) a Aquel que es portador de alegría, a Jesús (Chávez, 2012).

María se coloca en un único movimiento de amor: hacia Dios y hacia el prójimo. Reconoce que, como a ella, el Señor pide a cada uno dar su propia contribución a la historia de la salvación. La caridad de la Madre de Dios está basada en la fe y se proyecta en gestos concretos de esperanza.

Hay un detalle que llama la atención en el texto de la visita: “María enseguida se puso en camino”. Esta expresión nos hace pensar en la fuerza e intensidad del amor que habita en el corazón de María y que, además de impulsarla interiormente, la mueve a ir al encuentro de los demás. La suya es la disponibilidad de la mujer que ama, su disponibilidad activa a lo que el Señor la pide se comprende en esta perspectiva: ama porque cree y cree porque ama.

La certeza del amor de Dios se expresa en la gozosa proclamación del magníficat. El agradecimiento que proclama con los labios está en armonía con la generosidad de su Fiat cotidiano. María alaba al Señor porque ha mirado su sencillez, porque ha visto en ella un terreno dócil y fecundo en el que realizar la salvación.

**Todo por amor, nada a la fuerza**

Hemos contemplado el ejemplo de María que dejándose invadir por la gracia y el amor de Dios, ha vivido su vida en una gozosa adhesión a la voluntad divina.

Esta convicción del amor que toca y transforma la vida ha sido muy bien expresada en las palabras y el testimonio de san Francisco de Sales. Mientras celebramos el 400 aniversario de su ida al cielo, saboreamos la sabiduría de su mensaje para enriquecer nuestra reflexión. Con la misma certeza con que Dios continúa y actualiza su alianza con la humanidad, Francisco de Sales indica un punto de partida.

“Para dar el primer paso en el amor de Dios, es necesario que Él, manifestándose al hombre como Dios Amor, lo atraiga, solicite su libertad. Pero bien entendido que el rol del Señor va mucho más allá. No se contenta con invitar a nuestro corazón para elegir, sino que lo ayuda también en esta elección dando, además su ayuda; la opción de amor del hombre es un acto del corazón humano y del corazón de Dios.” (San Francisco de Sales).

En la medida en la que somos atraídos por el amor de Dios, crece en nosotros el deseo de descubrir lo que Él nos pide y de asumir un estilo de vida cada vez más evangélico. Cada uno, al sentirse amado personalmente, hace su libre opción de amor en el estilo propio de su vocación a la que ha sido llamado. Precisamente porque la fidelidad se teje pacientemente en la vida de cada día y porque no siempre es fácil vivir en verdadera armonía con la voluntad de Dios, la respuesta que damos a Dios debe estar basada en el fundamento de la fe y en una renovación constante del amor.

Francisco de Sales nos recuerda que el espíritu de libertad, propio del que ama y ha puesto su confianza en Dios, es el criterio que inspira nuestra obediencia y nos hace verdaderamente dóciles para una misión: “*Debemos hacer todo por amor, nada a la fuerza. Es mejor amar la obediencia que temer la desobediencia. Os dejo con el espíritu de libertad, que excluye la coacción, el escrúpulo y la agitación*".

La experiencia de sentirse amados personalmente por Dios y la atención constante a lo que nos pide, nos introduce en la dinámica de la oblatividad y de la caridad. De aquí parte la tarea de la realización humana, una realidad en la que un auténtico camino espiritual tiene su cumplimiento. El amor “es el movimiento, la marcha y la dirección del corazón hacia el bien” (F. de Sales); si Dios nos ama, es a través de la práctica concreta del bien, mediante el ejercicio constante de la caridad hacia el prójimo, como podemos expresar mejor nuestro amor por Él. Estaremos en condiciones de servir, educar y vivir nuestra misión en el mundo si nos abrimos con docilidad a su voluntad, inspirados en el modo en que el mismo Dos nos ama.

Siguiendo el ejemplo de María y acudiendo a las fuentes de nuestra espiritualidad salesiana, estamos invitados a releer nuestra vida y confrontarnos con la respuesta de amor que tratamos de dar al Señor todos los días. Nuestro FIAT cotidiano es una opción libre, fruto de una experiencia de amor que ha vencido nuestra voluntad y que se convierte en signo visible en un mundo que busca la luz del Señor.

**Para la oración personal y la meditación**

1. ¿Me siento amado personalmente por el amor del Señor?
2. ¿Realizo gestos concretos de caridad, a ejemplo de María?
3. ¿Me abro con docilidad a la voluntad de Dios, imitando la manera que él tiene de amarnos?
4. ¿Mi respuesta cotidiana al Señor es fruto de sentirme profundamente amado por Él?

**Compromiso mensual**

Intentaré todas las noches agradecer a Dios todo lo bello, pequeño o grande, que hoy me ha sucedido.

# 6. EL PRIMADO DE LA GRACIA: LA ALEGRÍA, DON DEL ESPÍRITU SANTO (LAS VIRTUDES TEOLOGALES)

“*Tenemos que aprender a vivir en nuestra debilidad, pero armados de una fe profunda, aceptar estar expuestos a nuestra debilidad y al mismo tiempo abandonados en la misericordia de Dios. Solo en nuestra debilidad somos vulnerables al amor de Dios y a su poder*” (A. Louf)

“Por tanto, si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, justamente con Él.  
Immagine che contiene persona

Descrizione generata automaticamenteEn consecuencia, dad muerte a todo lo terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia que es una idolatría. ¡No os mintáis unos a otros!: os habéis despojado del hombre viejo, con sus obras, y os habéis revestido de la nueva condición que, mediante el conocimiento, se va renovando a imagen de su Creador, donde no hay griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo y libre, sino Cristo que lo es todo y en todos”. (Col. 3, 1-5.9-11)

“Alegraos siempre en el Señor; os los repito, alegraos. Que vuestra mesura la conozca todo el mundo. El Señor está cerca, nada os preocupe, sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentada a Dios. Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”. (Fil 4, 4-7)

1. **Vivir en Cristo**

“*Por tanto, si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra*”. Así se introduce el Apóstol en la carta a los Colosenses, recordándonos nuestra radical vocación que se nos ha sido dada por el bautismo, es decir, la de “*estar sepultados con Cristo para resucitar con Él […]despojados del hombre viejo, con sus obras, y revestidos de la nueva condición que, mediante el conocimiento, se va renovando a imagen de su Creador*”.

Estamos llamados a redescubrir la fuerza del bautismo que se expresa en el primado de la gracia. La Santísima Trinidad ha tomado posesión de nuestra existencia y habita en nosotros. Lo expresa muy bien el mismo apóstol (1 Cor 6, 19-20). *“¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios? Y no os pertenecéis, pues habéis sido comprados a buen precio. Por tanto, glorificad a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu que pertenecen a Dios*”.

La vida espiritual es Cristo que vive en nosotros a través del Espíritu Santo. Que Cristo viva en nosotros a través de su Espíritu no es un piadoso afecto, sino la única posibilidad que tenemos de estar satisfechos. Se comprende, pues, que no es suficiente vivir “por” Cristo, sino que tenemos que pasar a vivir “con” Cristo para llegar a vivir “en” Cristo. Para que esto se realice es indispensable retroceder. Jesús afirma que es necesario perder la propia vida por Él y por el evangelio (Cfr. Mt 8,34 ss). ¿Pero cómo? ¿Y retroceder de dónde? Un pasaje de la primera a los Corintios, nos desvela el misterio: “A Él se debe que vosotros estéis en Cristo Jesús, el cual se ha hecho para nosotros sabiduría de parte de Dios, justicia, santificación y redención. Y así, -como está escrito-, el que se gloríe, que se gloríe en el Señor” (1Cor 1, 30-31). Sabiduría, justicia, santificación, redención. Hay que retroceder a estos puntos. Cuando renuncio a ser para mí mismo, para mi sabiduría, mi justicia, mi santificación y mi redención, es cuando Cristo pasa de estar “conmigo” a vivir “en mí”.

Cuando el hombre comprende que Cristo es toda su riqueza, no necesita jugar a ser Dios o a disfrazarse de cortesano de sí mismo. O soy de Cristo o soy uno de tantos mortales invitados –sin quererlo- al carnaval de un mundo que pasa. Todo lo bueno que se quiera, pero siempre limitado. Si elegimos seguirle, pero no dejamos al espíritu santificarnos, nos quedamos en el vado, perdidos entre una fe insípida y un mundo contemplado lejos con nostalgia. Por absurdo, mejor nos hubiera sido, no haber conocido a Cristo.

La alegría reside en el calor de su presencia “en” nosotros, no en el solo por o en el con. Así escribía Isaac de Nínive: “Debes saber esto, amado mío: donde quiera que esté la alegría de Dios, esta procede del fervor, y, en todo lugar, la causa de la alegría es el fervor, porque donde no hay fervor, tampoco hay alegría”.

1. **Una vida de fe, esperanza y caridad**

El hombre espiritual, es decir, el que vive en el primado de la gracia, que deja que Cristo habite en él, tiene el corazón puro y por esto ve a Dios, participa de su sabiduría, es capaz de interpretar con una intuición sobrenatural las situaciones más difíciles, marcando el camino justo. Podemos pensar, por ejemplo, en la Beata Eusebia Palomino, una sencilla monja que trabajaba en la cocina, a la que sacerdotes, seminaristas, muchachas acudían para pedirle consejo para su camino de fe. La profundidad de su unión con Dios era el secreto de una sabiduría que sólo puede aprenderse tomándola de la fuente de la intimidad amorosa con el Señor.

Cuando San Pablo dice «nosotros tenemos el pensamiento de Cristo» (1 Cor 2, 6), hace una afirmación muy seria.

La **Fe** y la experiencia espiritual son el principio de un nuevo saber que alarga el horizonte de la razón, los abre a participar en la mesa del Crucificado Resucitado. Tener el pensamiento de Cristo no significa solo tener “ideas” nuevas, sino un modo de pensar de sentir y de ser. Para darse cuenta de ello basta pensar en el durísimo reproche que Jesús dirigió a Pedro en Mc. 8, 33: «¡Aléjate de mí, Satanás!”. “¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!» Pedro, incluso después de haber confesado su fe mesiánica en Cristo, muestra no poseer todavía el pensamiento de Cristo, más aún, de razonar según una lógica que constituye un obstáculo en el camino de Jesús.

La virtud de la Fe, en cambio, me lleva a tener “el pensamiento de Cristo” y entonces sé (lo experimento) que Dios me ama y que Cristo ha muerto por mí, por amor.

El Papa Francisco nos ofrece una extraordinaria presentación de esta cuestión en su primera encíclica, Lumen fidei, cuyo primer borrador lleva la firma de Benedicto XVI. En particular, en el número 18 de este texto es posible leer estas luminosas expresiones:

*“Para la fe, Cristo no es sólo aquel en quien creemos, la manifestación máxima del amor de Dios, sino también aquel con quien nos unimos para poder creer. La fe no sólo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver. En muchos ámbitos de la vida confiamos en otras personas que conocen las cosas mejor que nosotros. Tenemos confianza en el arquitecto que nos construye la casa, en el farmacéutico que nos da la medicina para curarnos, en el abogado que nos defiende en el tribunal. Tenemos necesidad también de alguien que sea fiable y experto en las cosas de Dios. Jesús, su Hijo, se presenta como aquel que nos explica a Dios (Cfr. Jn 1,18). La vida de Cristo —su modo de conocer al Padre, de vivir totalmente en relación con él— abre un espacio nuevo a la experiencia humana, en el que podemos entrar.”*

En consecuencia, la **Esperanza**, es creer que en el fondo de todo cuanto existe está encerrado un bien y la misma esperanza está ligada indisolublemente a la fe, como afirma la carta a los Hebreos. “La fe es el fundamento de lo que se espera y prueba de lo que no se ve” (Eb 11,1). La esperanza cristiana se resume bien en esta afirmación: “Al final, el comienzo”. La esperanza se funda precisamente en el final de Cristo, en su muerte que ha sido su verdadero comienzo en la resurrección. Nos consuela de aquello de lo que, desde siempre, experimentamos como “el fin”. El Dios de la esperanza crea siempre un nuevo inicio de la vida, mientras en la muerte nos despierta a nueva vida en su mundo que viene. La esperanza es “la fe proyectada hacia adelante”. Un gran literato y convertido francés, Charles Peguy, en su libro “El pórtico del misterio de la segunda virtud”, se imagna a la esperanza como una niña pequeña que da la mano a dos grandes hermanas, la fe y la caridad, y

*la pequeña esperanza. Avanza. Y en medio de las dos hermanas mayores, aparece como dejándose llevar. Como una niña que no tuviese fuerza para caminar. Y que se pararía en medio del camino muy a su pesar. En realidad, es ella la que hace caminar a las otras dos. Y las arrastra. Y hace caminar a todos. Y las arrastra. Porque nunca se trabaja más que para los niños. Y las dos mayores no caminan más que para la pequeña […]. La esperanza no camina por sí misma. No va sola. Para esperar, niña mía, hay que ser muy felices, hay que haber obtenido, recibido una gracia muy grande.*

¡Una vez más constatamos que el íntimo lazo de unión entre las virtudes teologales es la alegría! Para que esta esperanza sea posible hay que ser muy felices y tener la experiencia de ser amados. La vida de gracia, en el fondo, es sencillamente esto: dejarse amar y amar.

Immagine che contiene gonna

Descrizione generata automaticamente

En el amor, en el ágape, se resumen todas las virtudes como afirma espléndidamente el himno a la caridad de San Pablo: “Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad” (1 Cor 13,13). ¿Sabéis por qué? ¡Porque lo único que Dios Padre y el Hijo desean para nosotros es hacernos llegar su Amor, esto es, el Espíritu Santo, su gracia! De lo contrario todo está vacío, estéril, gris, no nos lleva a ninguna plenitud, a ninguna felicidad.

Cuando tenemos que renovarnos personal y comunitariamente, el punto de partida ha de ser siempre este: nuestras familias, nuestras comunidades, nuestras relaciones, mi vida misma o está fundada en el amor o no es nada. El punto de partida es dejar que Dios haga esto, que es el motivo por el que nos ha creado y redimido en su Hijo, por el que permanece con nosotros, en la Iglesia con su Espíritu.

En su amor se ocultan tres cosas que todos deseamos: pertenencia, significado y destino.

Pertenencia: sólo el amor nos hace responder a la pregunta fundamental que atraviesa nuestra vida: ¿Yo, para quién soy? Uno puede disfrutar de la vida solo cuando siente que pertenece a alguien.

Significado: sólo el amor llena de sentido nuestra vida. Gran parte de las patologías espirituales y psicológicas que viven muchas personas, principalmente jóvenes, se deben a que no se sienten queridos.

Destino: Es la tercera característica. El amor nos da un destino. ¿Cuál es el destino de cada uno de nosotros? Volver a casa con Él. Saberse amados y saber que tenemos una Casa hacia la que estamos caminando. Tener un motivo por el cual despertar. Sentir que todo lo que se hace tiene una dirección.

El amor nos atrae, y esto es el primado de la gracia, pero exige al mismo tiempo el compromiso de nuestra libertad, que exige crecer en aquellas virtudes sin las que el amor no encontraría la posibilidad de realizarse concretamente y se estancaría a nivel de sentimiento, o peor aún, de emoción.

1. **Que tiene como fruto la alegría**

El fruto de una vida vivida en la fe, en la esperanza y en la caridad, es la alegría, que se convierte así en el signo distintivo del cristiano. El Papa Francisco lo expresa muy bien en el principio de su texto programático Evangelii Gaudium:

*“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría (…)*

*El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no se palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Ésa no es la opción de una vida digna y plena, ése no es el deseo de Dios para nosotros, ésa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado. Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque «nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor».* (n.1-3)

La relación entre una vida informada por las virtudes teologales y la alegría está muy bien descrita en la Divina Comedia cuando Dante se encuentra próximo a la meta del Paraíso (canto XXIV). Al final de su extraordinario viaje, tres apóstoles le preguntan sobre las tres virtudes teologales. San Pedro le examina sobre la fe, quien, tras haberle preguntado qué es la fe y si él la tiene, pregunta a Dante que de dónde la ha recibido. El príncipe de los apóstoles formula su pregunta de este modo: “Esta bendita alegría/ sobre la que toda virtud se basa / ¿dónde la has adquirido?” («Questa cara gioia / sopra la quale ogni virtù si fonda, / onde ti venne?»). Es evidente que la “bendita alegría” de la que aquí se habla es la preciosa perla –gema, joya- de la que afirma el evangelio que es la piedra preciosa por la que merece la pena sacrificar todo lo demás. No puede menos de venir a la mente otro pasaje de la Divina Comedia. Precisamente al inicio del camino, en el primer canto del Infierno, Dante se halla perdido en la selva oscura, ve a una persona y le pide ayuda. Es Virgilio, que le pregunta cómo es que no se decide a subir al “deleitoso monte / que es principio y razón de todo gozo”. No puede porque hay tres fieras que impiden el paso y, por tanto, el poeta florentino deberá ser acompañado para “otro viaje”. Precisamente, el que le ha de llevar ante San Pedro. Viaje que tiene como meta la alegría, o mejor dicho, la felicidad a la que puede acceder solo quien ha encontrado la perla/ la piedra preciosa de la fe.

Verdaderamente la fe es la “anhelada alegría”, una felicidad que nos es entrañable “en la que toda virtud se funda”. Porque si la fe no fuera verdadera no podríamos tener plenamente la esperanza, dado que el mundo estaría destinado a la muerte, y no podríamos tener ni siquiera un amor pleno, capaz de aquel perdón total que solo Cristo donó desde la cruz. Cualquier otra virtud se fundamenta en la alegría de la fe, todo deseo de crecer en nuestra humanidad y todo camino de vida. Pero hoy, más que nunca, es fundamental, como cristianos y como cristianos que viven el espíritu de Don Bosco, que el más bello fruto de nuestra vida de gracia sea la alegría de dar alegría. Este es el camino de la felicidad cristiana. Hoy es más necesario testimoniar con nuestra vida esta verdad: solo quien se compromete a hacer felices a los demás, puede ser feliz. Solo quien se compromete a crear las condiciones por las que los demás puedan vivir de alegría, puede saborear la alegría. Solo quien se preocupa para que la felicidad circule en la existencia de los demás, podrá hacer auténtica experiencia de felicidad.

Podemos terminar nuestra reflexión con una nota de realismo que nos ofrece San Francisco de Sales: “*Ir adelante con alegría y con el corazón abierto lo más que podáis; y si no os es posible caminar siempre con alegría, caminad siempre con valentía y confianza*”*.*

**Preguntas para la reflexión personal**

1. ¿Qué significa concretamente en tu vida vivir de fe, esperanza y caridad?
2. ¿Qué te ha ayudado más en tu vida para crecer en estas virtudes, que son en primer lugar un don del cielo, pero que requieren la aportación de tu libertad?
3. ¿Qué es lo que, en este período de tu vida, hace de freno en tu fe, tu esperanza y tu caridad?
4. ¿Vives una alegría profunda, o vives en la ola de tus emociones?

**Compromiso mensual**

Todos los días, en la oración, dar gracias a Dios por una cosa buena recibida, educándonos a sonreír también en la dificultad.

# 7. LA GRACIA PRESUPONE LA NATURALEZA: EL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES

Junto a la lucha contra las tentaciones más comunes, estamos llamados a favorecer la acción del Espíritu Santo por medio de las virtudes. En particular nos ayudarán la humildad y la mansedumbre, rasgos del carácter de Jesús: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11, 25-30).

Como dice San Francisco de Sales “Soportad con duzura las pequeñas injusticias, las pequeñas incomodidades, las pérdidas de poca importancia de cada día. Estas pequeñas ocasiones vividas con amor os ganarán el corazón de Dios y harán que sea todo vuestro”.

Comprenderemos mejor que el desarrollo de las virtudes puede ayudarnos a crecer en la paz y en el amor: paciencia, mansedumbre, humildad, pobreza de espíritu (incluso en medio de las riquezas) evitando la maledicencia y los juicios. Trataremos no solo de amar a los otros, sino de hacer que los otros se sientan amados, nutriéndonos de la gran riqueza de la espiritualidad salesiana y de Don Bosco: amabilidad, trabajo incansable, templanza y optimismo salesiano.

Recordemos las tres palabras del papa Francisco: permiso, perdón, gracias.

**1. ¿Qué es la humildad?**

Para expresar la humildad en el Magnificat, (“ha mirado la humilddad de su sierva”. Lc. 1, 48) y en el himno cristológico de San Pablo a los Filipenses (“se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte”. Fil. 2, 8) el término griego empleado es el sustantivo tapeinòs y el verbo tapeinòo.

Cuando, de niño, leíamos Topolino, en las historias del tío Paperone había algunos episodios que narraban la pérdida de su ingente patrimonio; siempre que se daban situaciones de este tipo, el comentario del tío Paperone era este: “me tapino” (¡Pobre de mí!” ¿De dónde proviene y cuál es el significado de la expresión? En griego el término tapeinòs tiene cinco significados según el contexto: 1. de lugar: bajo, deprimido; de estatura, bajo, pequeño; 2. de persona: humilde, humillado, sometido y de baja condición, humilde, mezquino, pequeño, pobre, débil; 3. espiritualmente: deprimido, abatido; 4. moralmente: mezquino, vil, modesto, humilde; 5. de cosas: modesto, sencillo, pobre.

La referencia semántica para ambos contextos, del Magnificat y del himno de Filipenses, es el de la persona. En el caso de María: humilde, de baja condición, pobre y débil, en el caso de Jesús: humillado y sometido. Los dos contextos nos ayudan a comprender en profundidad el significado de ser humilde; uno nos ayuda a explicar el otro. Para ser útiles como María y hallar gracia ante Dios, necesitamos ser humillados y sometidos, como lo ha sido Jesús, en el momento de su muerte en cruz, su abatimiento más extremo. En resumen, no puede haber humildad sin humillación, estas dos realidades parecen directamente proporcionales. Si uno es débil y pobre realmente, o se considera tal, es el momento en que verdaderamente puede ser ensalzado: “quien se ensalza será humillado (tapeinòo) y quien se humilla (tapeinòo) será ensalzado” (Lc. 14,11). Realmente es el elogio a la fragilidad, una situación en la que Dios puede entrar, plantar su tienda, construir su casa y habitarla.

Immagine che contiene altare, parecchi, tessuto

Descrizione generata automaticamente

**2. ¿Cuál es el significado del pasaje: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”? (Mt. 11, 25-30)?**

El párrafo se sitúa al final del cap. 11 y lo precede el envío a Jesús, por parte de Juan Bautista, de dos discípulos para preguntarle si verdaderamente era él el Mesías. Juan, que era primo de Jesús, elegido para ser su mensajero lo había reconocido desde el seno de su madre Isabel saltando de gozo en la visita de Jesús en el seno de María, se pregunta ahora “si es el que debe de venir o tenemos que esperar a otro”.

Jesús responde con las características del Mesías citadas por el profeta Isaías: los ciegos ven, los cojos andan, se anuncia la buena nueva. A esta petición Jesús añade una alabanza a su primo y una confirmación de su misión de precursor. Es verdaderamente fuerte el contraste entre el anuncio exigente para la conversión del Bautista y la falta de acogida de su mensaje y el que Jesús mismo está anunciando. Verdaderamente las ciudades del lago de Galilea en las que se han realizado numerosos milagros no han creído en el poder de Cristo.

A continuación del pasaje sigue la disputa con los fariseos sobre el sábado y el templo y Jesús, que es también señor del sábado, proclama “Misericordia quiero y no sacrificios.”

Entre estos dos párrafos se sitúa el texto que comentamos. Reconocer a Jesús como el Mesías, acceder a su relación filial con el Padre, conocerlo en profundidad hasta tener experiencia de Él, no es fruto del esfuerzo humano, no va unido al conocimiento y observancia de la ley, no se alcanza por una ascesis exigente, va más allá de la dureza de corazón de no aceptar sus milagros. Es un don gratuito del Padre (así le agrada a Él) hasta el punto de que Jesús le da gracias con una profesión pública, a modo de oración, para que puedan escucharlo todos: “Te bendigo, Padre, señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los inteligentes y a los sabios y las has revelado a los pequeños”. Sólo los pequeños, los pobres, los humildes pueden acceder al conocimiento de Dios. Quien es grande, rico y soberbio, quien está lleno de si mismo, quien se apoya solo en sus propias fuerzas, quien es autosuficiente jamás podrá conocer la amplitud, la anchura y la profundidad del amor de Dios. He aquí la humillación de Jesús: “Todo me ha sido dado por mi Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”. La relación Padre Hijo es una relación totalizante: todo es dado por el Padre y el Hijo. Y el conocimiento que Jesús tiene del Padre es único: Él, el Unigénito del Padre, generado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, en el seno del Padre desde toda la eternidad y para siempre es quien se encarna, se hace hombre, se abaja hasta la muerte en cruz, revela el rostro del Padre porque es una sola cosa con Él. No se puede acceder al Padre sino a través de la persona divina del Verbo encarnado.

Esta es la invitación a todos los hombres en su fragilidad existencial: “venid a mí todos los que estéis cansados y fatigados y yo os aliviaré.”

La fatiga y el cansancio son dos situaciones de vida con frecuencia presentes en los seres humanos, y no se refieren solo a la dimensión física, sino mucho más a la moral, existencial y espiritual. No podemos dejar de recordar el tiempo de pandemia, lo absurdo de las guerras, la incertidumbre económica, las dificultades de crecimiento, la asunción de nuevas responsabilidades, la enfemedad, la vejez. En estos dos términos, fatigados y cansados, están comprendidos todos los hombres y mujeres de todas las latitudes y tiempos. Ante esta realidad dura y la historia adversa se alza el desconcertante anuncio del alivio por parte de Jesús. Nos preguntamos, ¿pero quién vendrá en nuestra ayuda? ¿Quién nos liberará? Jesús responde con ternura: Yo os daré descanso. Yo saciaré vuestra sed, os daré el agua viva que calma la sed para la vida eterna. Yo os lavaré los pies y os serviré. ¿No os dais cuenta? Pecisamente ahora brota algo nuevo.

Tomad mi yugo. Jesús nos da un peso. Es Su peso, Él se hace peso para nosotros. El yugo es un instrumento de madera para conducir animales en pareja y favorecer el gobierno del carro. El yugo es siempre de dos: uno es Jesús y el otro somos nosotros, Nunca estamos solos. Es hermosa la imagen de estar emparejados con Jesús; los pesos se comparten. Por eso dice al final que su yugo es suave (está Él emparejado conmigo) y su peso ligero (porque la parte más pesada la lleva Él; es Él quien se carga la cruz por nosotros). Estamos llamados a ser cireneos con él, cireneos de su cruz pero también de su alegría.

El versículo 29 incluye una indicación didáctica: “Aprended de mí, que soy manso y humilde (tapeinòs) de corazón y hallaréis reposo para vuestras almas”. Reconoceremos a nuestro Maestro y Señor si asistimos a su escuela de mansedumbre y humildad, si somos dóciles y mansos como el Cordero inmolado, y condenados, humillados, maltratados, vilipendiados como el Crucificado. El precio de la humildad es la humillación, el fruto de la salvación es la alegría.

**3. ¿Qué dice San Francisco de Sales sobre la humildad y la mansedumbre?**

La verdadera humildad es generosa. Porque cuanto más nos hace bajar la humildad por el conocimiento de la nada que somos para nosotros mismos, tanto más nos hace valorar los bienes que Dios ha puesto en nosotros, particularmente la fe, la esperanza, el amor y esa cierta capacidad que nos ha dado de unirnos a Él por la gracia. Este aprecio, que la humildad hace de los dones de Dios, es el fundamento de la generosidad del espíritu. La humildad nos convence de que no podemos nada por nosotros mismos, porque nos hace reconocer nuestra miseria y nuestro límite. A su vez, la generosidad nos hace decir con San Pablo: “Todo lo puedo en aquel que me conforta”. La humildad nos lleva a desconfiar de nosotos mismos. La generosidad nos hace confiar en Dios, estas dos virtudes van tan unidas la una a la otra que no puede estar una sin la otra ni se pueden separar. La humildad es agradecida: no es verdadera humildad la que impide ver lo que de bueno Dios ha puesto en nosotros. En efecto, los dones de Dios han de ser reconocidos y estimados.

 Conocerse a sí mismo quiere decir, sí, reconocer nuestra pequeñez, pero también la gran dignidad que Dios ha puesto en nosotros creándonos a su imagen y semejanza, capaces de unirnos a Él y dotados de un cierto instinto que nos hace tender y aspirar a esta unión. La verdadera humildad está llena de amor y al servicio del amor, hasta el punto de poder afirmar que la caridad es una humildad que sube y la humildad una caridad que baja. La humildad esconde y cubre las virtudes para conservarlas. Las deja ver solo cuando lo exige el amor. No hace alarde de sus propios dones, pero, cuando lo requiere, la caridad sabe dar al prójimo con franqueza y dulzura no solo lo que le es útil, sino incluso lo que le grada. Así pues, todas las formas de humildad que perjudican a la caridad son ciertamente falsas. Más; la humildad verdadera es dulce, fuerte, serena y maleable: caminando con sencillez por esta vía nos hacemos agradables a Dios porque Él se complace en los corazones humildes.

Por esto te exhorto a estar alegremente humilde ante Dios, pero también ante el mundo. No busques una humildad visible, pero tampoco la evites cuando se presenta la ocasión, sobre todo abrázala siempre con alegría. Sin embargo, estate atento a que tu humildad exterior sea siempre una verdadera expresión de tu corazón.

Custodia amorosamente tu pequeñez porque Dios la contempla con complacencia y cuando encuenra esta humildad en el corazón, lo llena de gracia. Ama tu pobreza, goza de estar vacío para que el Señor pueda colmarte de su reino. Alimenta, pues, tu alma con un espíritu de humilde y cordial confianza en Dios y a medida que te veas frágil y miserable, aprende a esperar con más intensidad en Él. Practicarás así una gran humildad, generosa y tranquila. En el servicio de Dios ella te conservará en una libertad filial y amorosa sin amargar tu corazón y conservará en ti un espíritu de santa alegría (Cf. Entretenimientos espirituales, V, 2-4; VIII, 14; III 20. Introducción a la vida devota (Filotea) III, 5. Cartas del 1-11-1604; 1607; 8-1608).

“Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”, así dice el Señor Jesús recomendándonos estas dos virtudes que resplandecían particualrmente en su persona. De este modo nos indica que solo por medio de la mansedumbre y de la humildad nuestro corazón puede imitarlo y dedicarse a Su servicio. En efecto, el santo amor nunca está separado de estas virtudes, del mismo modo que ellas tampoco pueden estar sin el santo amor.

Ten siempre presente que esta vida terrena es un camino hacia la vida bienaventurada, no nos enfrentemos, a lo largo del camino, unos contra otros; caminemos, en cambio, tranquilamente en paz y con los hermanos y compañeros de viaje. Si te es posible no te inquietes y no abras nunca, por ningún motivo, tu corazón a la ira, porque la ira del hombre no se ajusta a la justicia de Dios. Es mejor aprender a vivir sin ira que querer utilizar la ira con moderación y equilibrio. Y si, por nuestra debilidad, la ira nos pilla de sorpresa, es mejor rechazarla imediatamente que entrar en tratos con ella, porque, por poco espacio que le concedas en tu corazón, se hace inmediatamente dueña. ¿Cómo dominar la ira? Con un compromiso serio, pero calmo, sin violencia ni precipitación, porque el corazón agitado no puede ser dueño de sí mismo. Te ayudará, además, invocar la ayuda de Dios, pero también esta petición debe hacerse con dulzura y tranquilidad, nunca con violencia. Si te das cuenta de que te has dejado dominar por la ira con alguien, pon de inmediato remedio usando mayor dulzura hacia aquella persona. Y para aprender a hacer esto, cuando te encuentres con calma y sin motivo de cólera, aprovisiónate de dulzura, no solo en los labios, sino en lo íntimio del alma; no solo con los extraños, sino también con tus familiares y los más cercanos. Prepara, pues, cada mañana tu corazón a la dulzura, a la masedumbre y a la tranquilidad, y después, durante el día, de vez en cuando, recondúcelo a estas disposiciones interiores. Entrénate en este ejercicio particular de dulzura no solo para las ocasiones extraordinarias, sino también para los pequeños contratiempos de cada día. Y disponte a ello con ánimo tranquilo y sereno. Si te sucede faltar a la mansedumbre no te irrites, sino humíllate y a comenzar de nuevo. Sé calmo y equilibrado en tu obrar. Trata de no romper la paz con nadie. Lo que veas que puedes hacer con amor, hazlo, pero lo que no se pueda hacer sin oponerse o provocar discordia, déjalo pasar. Puede ocurrirnos en la vida cotidiana que tengamos que tratar con personas que nos irritan discrepando con nosotros o poniéndonos trabas: éste es el momento oportuno para ejercitar la verdadera mansedumbre, sabiendo que el amor se manifiesta haciendo el bien siempre y a cualquiera, aunque no experimentemos ningún gusto. (Filotea) II, 8; Cartas del 26-10-1612; 2-1609; 10-11–1616; 16-12-1619).

**Immagine che contiene testo

Descrizione generata automaticamente4. ¿Qué nos puede enseñar una pequeña y pobre salesiana cooperadora (Vera de Jesús)?**

Vera: ¡Oh Jesús mío! No tengo nada que darte, no encuentro más que tus mismos Dones y te los ofrezco a través del Corazón de tu dulce Madre y mía, junto a mi pobre voluntad. ¡Oh Jesús! Obra Tú. Destrúyeme pero que no te resista, hazme humilde, toma todo mi corazón; que lata solo por Tí y que pueda decirte que todo latido te ama y aborrece el pecado. Vida mía, que yo no tenga otra vida que la tuya, otro suspiro que el tuyo, otra respiración que la tuya.

Jesús: “En el santo nombre de la obediencia escucha mi Voz: es Cruz, es Amor. Mi Amor y mi Cruz no te abandonarán jamás, así sera MI VOZ. Acéptala por obediencia, por amor y en espíritu de humildad y de penitencia. Mira, Yo estoy en ti en amor y en dolor, dolor y amor. Esta Voz, mi Voz, será el fuego que te purificará. Quiero que MI TEMPLO arda, arda, se consuma por Mí. Dame gracias, hija, porque es grande el amor del Padre por ti. Mañana, en la Santa Misa llevarás mis Dones, los Dones del Corazón de mi Madre y los unirás a tus miserias, a tu nulidad, a tu corazón demasiado pequeño, lo tomaré todo. Recuerda: el vino y el agua. En este misterio esta la la unión, la entrega. Solo conmigo la oferta sube a Dios Padre. ¡Oh, hija mía! Abísmate en mi Amor. Solo te sostendrá mi Gracia. Mírame en la Cruz, ámame en la Cruz, clávate en la Cruz: yo te atraigo a mí, Jesús. ¡Haz todo en mi Nombre y por mi Amor. Cuando te abrume el cansancio, invócame: Yo te ayudaré!” (Portami con te, 117).

Jesús: “Don de Dios, Don de Amor. Mi amor no tiene límites, ni barreras. No son tus miserias las que impiden mi Gracia en ti porque mi Gracia es AMOR. Son tus dudas, tus incertidumbres, los límites que tú pones al abandono en MÍ: Jesús. ¡Qué frágil eres, hija mía! Ven a Mí: Yo soy la FUERZA, tu fuerza. Piensa en el tabernáculo. Cree en MI PRESENCIA en el tabernáculo. Créeme, tu Jesús no te engaña. Soy yo, Jesús. Hablaría a cualquier pecador si tuviese fe en mí, si creyese en mí Santa Humanidad, pero aún así no creería porque no tiene fe. Si la fe ha crecido en tí, sábete que es un Don Mío. Cree en Mí que te hablo y no pidas otra cosa, no te preguntes el por qué: así le agrada a mi Padre y así me agrada a Mí. Recibe con humildad y gratitud mi Voz. Vuélvete a Mi, abandónate a mi Amor. ¿Sientes mi Cruz y mi yugo? Déjate penetrar por Mí”. (Portami con te, 120).

Vera: Oh Jesús, dame el dolor de los pecados, un AMOR puro y santo, dame el don de la humildad y la obediencia. Oh Jesús dame “todo” porque no tengo nada. Gracias. (Portami con te, 122).

Jesús: “Ahora, hija Mía, escúchame: es voluntad de Mi Padre que estés recogida, esperándome humildemente. Te llamo para cumplir una misión. No temas, tienes la fuerza. Te llevaré por caminos ásperos y tortuosos, pero al final Me reconocerás porque estaré allí esperándote. Sí, es Jesús de los Tabernáculos quien habla, quien llama: “Yo soy”. No tienes nada que hacer, por ahora, sino esperarme. Yo preparo “mis caminos” por los que tú y muchas otras almas os pondréis en camino.

Te quiero para MÍ SOLO, te retiro del mundo a los afectos. Pon “todo y a todos” en Mis Manos de Padre, a tus familiares y pensaré en ellos, pero tú piensa sólo y siempre en Mí. Tendrás que “apartarte” de este mundo, dejarlo por Mí, desprenderte por Mí. Una Esposa no es del Esposo si no está crucificada con Él. Yo te atraigo a la locura de la Cruz.

Mira, te hago “don” de mis riquezas, de mis pasiones: pasión de Amor, de Dolor; sacrificio, ofrenda, inmolación de mi Sangre.

Mi pobre hija, ¡aún no ves nada de todo esto! Yo, Jesús, Camino, Verdad, Vida te anunciaré muchas cosas a su debido tiempo. Permanece en la humildad, en mi Amor, en mi Gracia. Con el perdón de tus pecados, te he redimido, en el lavado de Mi Sangre, te he purificado ayer, hoy, siempre.

Necesitas este bautismo de Sangre cada día y sólo en Mi Sangre sucede esto. Prepárate, hija Mía, pronto vendré a ti. Le agradó tanto a Mi Padre, que aún le agrada servirse de las criaturas más pobres y desagradables, pero redimidas por Mi Sangre, para Su voluntad. Tú eres demasiado “nada” y por esto tienes miedo. Os he dicho que os hablo en el Corazón de mi Madre, y a través de esa espada que atraviesa su Corazón de Madre, os llega mi Voz. Desde “Ella” escúchame. Ahora orad, orad a Mi Padre para que se complazca en responder a vuestras oraciones.

Cuando lleguen al Trono de Mi Padre, deben tener la fragancia del incienso. Pídeme incienso en tus oraciones y luego únelas a las de la Iglesia, a las del Papa; llévaselas al Padre Gabriel para que me las ofrezca. Pedid Mi Reino, Mi Voluntad, Mi Amor, Mi Gracia, Mi Bendición sobre toda la humanidad. Hacia el atardecer, desciendo al mundo, entre las almas y las miro, las busco... Sí, desciendo con Mi Gracia a las almas que Me han servido, infundo paz y serenidad en sus corazones: son “Mi tesoro” en la tierra. El Padre Gabriel hablará a las almas por Mi boca, y Mi Voz pasará a sus corazones. Para esto tu corazón debe sufrir, debe sangrar. Envíaselo al Padre Gabriel para que Me lo ofrezca en el Corazón de Mi Madre de los Dolores. Escríbelo para que conozca Mis Deseos. A otras almas les diré Mi Amor, Me serviré de ellas para abrazar a todos.

Concluye con esta particular Bendición Mía: Os quiero a todos, os quiero salvados, os quiero en Mi Reino. Sí, hija Mía, Yo Soy tu amado Jesús, sí, sí, Soy Yo: Jesús. (Portami con te, 128).

**Para la oración personal y la meditación**

1. ¿Soporto las pequeñas injusticias o pequeños imprevistos cotidianos con paciencia y dulzura?
2. ¿En las dificultades me enfado conmigo mismo, dejándome llevar del orgullo, o me abandono en Dios repitiéndome “Todo lo puedo en aquel que me conforta” ?
3. Si estoy fatigado y cansado ¿pido ayuda a Jesús en la oración, seguro de formar pareja con Él y que Él llevará mi carga?

**Compromiso mensual**

Me esforzaré en no lamentarme ante las dificultades e imprevistos y en repetir “Jesús mío confío en ti” y “todo lo puedo en Aquel que me conforta.”